

HERRERA, FERNANDO DE (1534 – 1597)

INDICE:

ELEGIAS
SONETOS
CANCIONES
EGLOGA VENATORIA

ELEGÍAS

Elegía I

Si el grave mal qu' el corazón me parte,
y siempre tiene en áspero tormento,
sin darme de sosiego alguna parte;

pusiese fin al mísero lamento,
qu' en los úmidos cercos de mis ojos
conoce sólo su perpetuo asiento;

podría yo, Señor, vuestros enojos
consolar, como bien exercitado
del ansiöso afán en los despojos.

Pero nunca permite Amor airado,
que yo levante la cerviz cansada,
o en algo desocupe mi cuidado.

Por la prolixa senda y no acabada
de mi dolor prosigo; y mi porfía
en el mayor peligro es más osada.

En el silencio de la noche fría
me hiere el miedo del eterno olvido,
ausente de la Luz del' alma mía.

Y en la sombra del aire desparzido
se me presenta la visión dichosa,
cierto descanso al ánimo afligido.

Mas veo mi serena Luz hermosa
cubrirse; porqu' en ella aver espero
sepulcro, como simple mariposa.

Entonces me derriba el dolor fiero,
y mi llorosa faz fixando en ella,
cual cisne hiere el aire en son postrero;

digo: «Luz de mi alma, pura estrella,
si os perturba el osado intento mío,
y por eso celáis la imagen bella;

ponedme, no en orror de duro frío,
mas dond' a l' abrasada África enciende
el cálido vapor del seco estío;

y allí vêréis, qu' al corazón no ofende
su fuerça toda; qu' el sutil veneno
ue de vos lo penetra, lo defiende.

No m' ascondáis el resplandor sereno,
que siempre e de seguir vuestra belleza,
cual Clicie al Sol d' ardientes rayos lleno.

Amo, mas con temor, vuestra grandeza;
para apurar en vuestro sacro fuego,
lo qu' en mí guarda esta mortal corteza.

Que sea inmensa gloria, yo no niego;
pero por este paso en alto buelo,
do es sin vos imposible alcançar, llego.

Y separada del umbroso velo,
como desea estar, mi alma pura,
se halla alegre en el luziente cielo.

Yo espero a vuestra sola hermosura
por tanto bien con inmortal memoria
hazer del tiempo y su furor segura.

No gravaré en colunas vuestra istoria,
ni en las tablas con lumbres engañadas,
y sombras falsas os daré la gloria;

mas en eternas cartas y sagradas,

con la virtud, que Febo Apolo inspira
de las Cirreas cumbres ensalçadas.

Y si a do opreso Atlante no respira
con la pesada carga, y a do suena
turbado el alto Ganges, lleno d' ira;

y si a do el Nilo la secreta vena
derrama, y do el Duina grande y frío
las tardas ondas con el ielo enfrena;

no pudiere alcançar el canto mío,
al menos onrará vuestra belleza,
cuanto Ebro y Tajo cerca, y nuestro río.

Seré el primero yo, que con pureza
de corazón, y con umilde frente
osé mirar, mi Luz, vuestra grandeza.

Así le digo, y viendo el Oriente,
do el cielo y tierra tocan, esmaltado
y que mi Luz s' asconde en Occidente;

al lloroso ejercicio del cuidado
buelvo, de mis trabajos perseguido,
de vida sí, no de pasión cansado.

En tal mísero estado aquí perdido
me halla el canto vuestro, qu' esclarece,
y guarda vuestra gloria del olvido.

Y al rudo ingenio y nombre mío ofrece
eternamente no cansada fama,
merced del ardor sacro qu' en vos crece.

Si, do el deseo justo, que m' inflama,
fuese mi voz, sería en onra vuestra
una inmortal y siempre viva llama.

Pero no sufre la fortuna nuestra,
qu' intente tanto bien, y así me dexa
desplegar sólo esta pequeña muestra.

«El Tracio amante, a cuya dulce quexa
el severo Plutón, enternecido,
buelve aquella, qu' en sombra dél s' alexa;

cuando en el frío Ródope, y tendido
yugo del alto y áspero Pangeo
cantó llorando con dolor perdido;

y traxo al son del número Febeo
las peñas, fieras y árboles mezclados,
y atento el coro, que bañó el Olmeo;

con inmortales versos y sagrados
en l' escondida niebla refería
los principios del mundo comenzados;

el Sol ardiente, Cintia blanca y fría,
los celestiales giros, y belleza
de l' alta, inmensa luz, y l' armonía.

Y arrebatado en la mayor grandeza
del tenebroso cerco reluziente,
cantó el ardor profundo, y su riqueza.

Mas porqu' el mortal ánimo doliente,
indino de sentir su hermosura,
s' ofuscava en aquella luz presente;

con otra voz menos ecelsa y pura,
pero sublime, y que rudeza umana
desdeña, y sólo la virtud procura.

Bolvió a sonar la lira soberana,
onrando a quien la bella Melpomene,
lexos de tanta multitud profana,

con blandos ojos mira, y lo sostiene
en alteza, do nunca vê se puede
el gran varón, que su favor no tiene.

A éste sólo tanto bien concede,
que cuando llegue la implacable muerte,
libre de su furor viviendo quede.

Aquél también, que mereció tal suerte,
qu' el sacro verso haga del memoria,
no temerá su agudo hierro fuerte.

Tal por este camino dio a la gloria

de la inmortalidad el paso abierto,
quien celebró de Grecia la vitoria;

y el otro mayor qu' él (si no es incierto
lo que la fama afirma) qu' el troyano
puso en Italia, y cantó a Turno muerto.

Tal el suäve espíritu romano
huyó con Delia del mortal tormento,
y el puro, el terso y el gentil Toscano.

Por esta senda sube al alto asiento
Laso, gloria inmortal de toda España,
mesclado en el sagrado ayuntamiento.

Do, si al deseo mío Amor no engaña,
yo espero vêros, siendo colocado
en l' alta cumbre; que Castalia baña,

si en medio el curso no dexáis cansado
lleváis por ella el paso acostumbrado.

El rico Tajo vuestro, conocido
será por vos a donde riega el Indo,
y el collado de Cintra, esclarecido
con tal onra, será otro nuevo Pindo.

Elegía II

¿Cuál fiero ardor, cuál encendida llama,
que duramente me consume el pecho,
por estas venas mías se derrama?

Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho,
cese, Amor, el rigor de mi tormento;
basten los males qu' en mi alma as hecho.

Este dolor que nuevo siempre siento,
esta llaga mortal contino abierta,
este grave y perpetuo sentimiento,

esta corta esperança y siempre incierta,
este vano deseo peligroso,
fin de mis penas, esta muerte cierta;

tal me tienen confuso y temeroso,
y sin valor perdido, y quebrantado;
que ni aun huir de mis pasiones oso.

No es amor, es furor jamás cansado;
rabia es, que despedaza mis entrañas,
este eterno dolor de mi cuidado.

Qué gran vitoria, Amor, y qué hazañas,
atravesar un corazón rendido,
un corazón que dulcemente engaña.

Ya que me tienes preso, y tan herido,
qu' en mi pecho no hallas lugar sano,
no m' acabes, cruel, en duro olvido.

Mi fê, y mi pensamiento soberano,
de mi grande osadía la nobleza
no sufren, que me dexes de la mano.

Nací para inflamar m' en la pureza
d' aquellas vivas luzes, qu' al sagrado
cielo ilustran con rayos de belleza.

Y de sus flechas todo traspasado,
por gloria estimo mi quexosa pena;
mi dolor por descanso regalado.

Tal es la dulce luz, que me condena
al tormento, y tal es por suerte mía
de mi enemiga la beldad serena.

Mas, aunque sin igual fue mi osadía
y el mal, que sufro, por tu fuego juro
que contrastar no puedo a mí porfía.

Y cuanto en él mi corazón apuro
y afino, tanto más crece el deseo,
y un temor, con que nunca m' aseguro.

Quién me daría, Amor, qu' el bien, que veo,
gozase solo, y libre de recelo,
en aquella verdad, con que lo creo;

que nunca mi ofensor, medroso celo,

que tan grave me aflige y desbarata,
podría derribarme por el suelo.

¡Ay, cuánto tu crueza me maltrata!
¡Ay, cuánto puede en mí tu diestra airada,
que contino me aviva, y siempre mata!

Bella Señora, si mi voz cansada
alcança tanto bien, que no os ofende,
oídla blandamente sosegada.

Luz d' eterna belleza, en quien m' enciende,
y gasta Amor, y en un lloroso río
buelto, contra sus llamas me defiende;

si os puede enternecer el dolor mío,
comiencen a ablandaros mis enojos;
no deis ya más lugar a más desvío.

No me neguéis esos divinos ojos,
que todo en vos m' an ya trasfigurado,
llevándose consigo mis despojos.

Si ausente estoy de vos, muero cuitado,
y vivo alegre sólo cuando os miro,
¡mas, ay, cuán poco duro en este estado!

Que cuando a vêr m' en vos presente aspiro,
mi enemiga fortuna no consiente,
que falte causa al mal, por quien suspiro;
y así estoy ante vos solo y ausente.

Elegía III

No bañes en el mar sagrado y cano,
callada Noche, tu corona oscura,
antes d' oír este amador ufano.

Y tú alça de la úmida hondura
las verdes hebras de la bella frente,
de Náyades loçana hermosura.

Aquí, do el grande Betis vê presente

l' armada vencedora, qu' el Egeo
manchó con sangre de la Turca gente,

quiero dezir la gloria en que me veo;
pero no cause invidia este bien mío
a quien aun no merece mi deseo.

Sosiega el curso, tú, profundo río,
oye mi gloria, pues también oíste
mis quejas en tu puro asiento frío.

Tú amaste, y como yo también supiste
del mal dolerte, y celebrar la gloria
de los pequeños bienes que tuviste.

Breve será la venturosa istoria
de mi favor; que breve es l' alegría,
que tiene algún lugar en mi memoria.

Cuando del claro cielo se desvía
del Sol ardiente el alto carro appena,
y casi igual espacio muestra el día;

con blanda voz, qu' entre las perlas suena,
añido el rostro de color de rosa,
d' onesto miedo y d' amor tierno llena,

me dixo así la bella desdeñosa,
qu' un tiempo me negava la esperança,
sorda a mi llanto y ansia congoxosa:

Si por firmeza y dulce amar s' alcança
premio d' Amor, yo tener bien devo
de los males que sufro más holgança.

Mil vezes, por no ser ingrata, pruevo
vencer tu amor, pero al fin no puedo;
qu' es mi pecho a sentillo rudo y nuevo.

Si en sufrir más me vences, yo t' cedo
en pura fê y afetos de terneza;
vive d' oy más ya confiado y ledó.

No sé, si oí, si fui de su belleza
arreatado, si perdí el sentido;
sé qu' allí se perdió mi fortaleza.

Turbado, dixe al fin: «Por no aver sido
este tan grande bien de mí esperado,
pienso que deve ser(si es bien), fingido.

Señora, bien sabéis, que mi cuidado
todo s' ocupa en vos; que yo no siento,
ni pienso sino en verme más penado.

Mayor es qu' el umano mi tormento,
y al mayor mal igual esfuerço tengo,
igual con el trabajo el sentimiento.

Las penas que por sola vos sostengo,
me dan valor, y mi firmeza crece,
cuanto más en mis males m' entretengo.

No quiero concederos que merece
mi afán tal bien, que vos sintáis el daño;
más ama, quien más sufre y más padece.

No es mi pecho tan rudo, o tan estraño,
que no conosca en el dolor primero,
si, en esto que dixistes, cabe engaño.

Un corazón d' impenetrable azero
tengo para sufrir, y está más fuerte,
cuanto más el asalto es bravo y fiero.

Diom' el cielo en destino aquesta suerte,
y yo la procuré, y hallé el camino,
para poder onrarme con mi muerte.

Lo demás, qu' entre nos pasó, no es dino,
Noche, d' oír el Austro presuroso,
ni el viento de tus lechos más vezino.

Mete en el ancho piélagos espumoso
tus negras trenças y úmido semblante;
qu' en tanto que tú yazes en reposo,
podrá Amor darme gloria semejante.

Elegía IV

A la pequeña luz del breve día,
y al grande cerco de la sombra oscura
veo llegar la corta vida mía.

La flor de mis primeros años pura
siento, Medina, ya gastars', y siento
otro deseo, que mi bien procura.

Voluntad diferente y pensamiento
reina dentro en mi pecho, que deshaze
el no seguro y flaco fundamento.

Lo que más m' agradó, no satisfaze
al ofendido gusto; y sólo admito
lo que sola razón intenta y haze.

Del ancho mar el término infinito,
la inmensa tierra, que su curso enfrena,
al bien qu' estimo, son lugar finito.

Lo que la vana gloria alcança a pena,
por quien se cansa l' ambición profana,
y en mil graves peligros se condena,

la virtud menosprecia soberana,
y contenta de sí, no para en cosa
de las qu' admira la grandeza umana.

Yo lexos por la senda trabajosa
sigo entre las tinieblas a su lumbre,
abrasado en su llama gloriösa.

Y si no rompe, antes qu' a la cumbre
suba el hilo mortal, hallarm' espero
libre desta confusa muchedumbre.

Porque ya veo apresurar ligero,
y bolar, como rayo acelerado,
del tiempo el desengaño verdadero.

Huyen, como saeta, qu' el armado
arco arroja, los días no parando,
invidiösos del no firme estado.

Va el tiempo siempre avaro derribando
nuestra esperança, y llévase consigo

las cosas todas del terreno vando.

Esta caduca vida, por quien sigo
lo qu' en su gusto conformar no deve,
y soy de mí por ella mi enemigo;

sombra es desnuda, humo, polvo, nieve,
qu' el Sol ardiente gasta con el viento
en un espacio muy liviano y breve.

Es estrecha prisión, do el pensamiento
repara, y vê en la niebla una luz clara
de la razón, qu' oprime al sentimiento.

Y, como quien mi libertad prepara,
siento que de mi sueño entorpecido
me llama, y desta suerte se declara;

O mísero!;ô anegado en el olvido,
ô en cimeria tiniebla sepultado,
recuerda dese sueño adormecido.

Estás en ciego error enagenado,
que contigo se cría y envejece;
¿y no das fin a tu mortal cuidado?

Por ventura, mesquino, te parece
qu' el sol no toca el medio de su alteza,
y la cercana noche te oscurece.

En tanto qu' está verde esta corteza
frágil, y no la cubre torpe ielo,
y blanca nieve llena de graveza;

buelve por ti, refrena el presto buelo;
y coge al tiempo la mal suelta rienda;
no te condene d' inorancia el velo.

Porque si vas por esta abierta senda,
serás uno en la errada y ciega gente,
do nunca el fuego de virtud t' encienda.

Cuanto Febo d' Aurora al Occidente,
y ciñe dend' el Austro hasta Arturo,
perece sin virtud indinamente.

Aquel dichoso espíritu, seguro
destos asaltos vivirá contino,
que fuere en obras y en palabras puro.

Fuerça es de la virtud, y no es destino,
romper el ielo y desatar el frío
con vivo fuego de favor divino.

Desampara tu osado desvarío,
no des más ocasión a tanto engaño;
que la edad huye, cual corriente río.

Serán de tu fatiga premio estraño
dolor confuso, vergonçosa afrenta,
tristes despojos de tu eterno daño.

Si esto no te congoxa y descontenta,
¿qué puede dar congoxa y descontento,
a quien del suelo levantar' intenta?

Tú t' acabas en mísero tormento
pensando vanamente ser dichoso,
y contigo tu incierto fundamento.

Arranca de tu pecho desdeñoso
la impia raíz, que cría tu esperança
falsa en loco deseo y engañoso.

Y no es otra tu gloria y confiança
sino perder y aborrecer (cuitado)
a ti por quien descansa en la mudança.

Este sano consejo y acertado
la venda de los ojos me descubre,
y me haze mirar con más cuidado.

Viéndom' en el error, y que s' encubre
la luz que me guiava en el desierto,
un frío miedo el corazón me cubre.

Mas yo no puedo de mi engaño cierto
librarm'; porqu' el fuego espira ardiente,
qu' al mal me tiene vivo y al bien muerto.

Y cuando espero, con la luz presente
sacalla del incendio, con dulçura

estraña l' alma presa se resiente.

Al resplandor de la belleza pura
corre encendida con tan alta gloria,
que ni otro bien ni otro plazer procura.

Porqu' Amor me refiere a la memoria
de mi dulce pasión el triste día,
que le dio nueva causa a su vitoria.

Yo ya de mil peligros recogía
el corazón cansado con reposo,
y conmigo indinado así dezía;

después deste trabajo congoxoso,
razón será, qu' en agradable estado
viva algún tiempo alegre y no medroso.

¿Qué fuerça del Amor, qué braço airado
penetrará mi pecho endurecido
con un ielo perpetuo y ostinado?

No sufra el cielo, que ya más perdido
pueda yo ser en tanto desvarío;
baste el tiempo en engaños despendido.

El grave yugo y duro peso frío,
qu' oprime a l' alma, y entorpece el buelo
al generoso pensamiento mío,

decienda roto y sacudido al suelo;
que la cerviz ya siento deslazada,
ya niego el feudo a Amor, ya me rebelo.

Será el prado y la selva de mí amada,
y cantaré, como canté, la guerra
de la gente de Flegra conjurada.

Y levantando l' alma de la tierra,
subiré a las regiones celestiales;
do todo el bien y quietud se cierra.

La vanidad de míseros mortales
miraré, despreciando su grandeza,
causa de siempre miserables males.

En estos pensamientos y nobleza
pasar contento y ledo yo pensava
desta edad corta y breve la estrechez;

que aún ya de la cruel tormenta y brava
no estava enxuto mi úmido vestido
ni appena el pie en la tierra yo afirmava.

Cuando Amor, que me trae perseguido,
en tempestad más áspera pretende
que yo peligre en confusión perdido;

con tal belleza el corazón m' ofende,
que no puede huir su nueva pena,
ni del mal, que padece, se defiende.

Un furor bello, que con luz serena
me representa una inmortal figura,
en perpetuo tormento me condena.

De la suäve faz la nieve pura,
la limpia, alegre, y mesurada frente,
do mostrarse la púrpura procura,

y appena osa, y al fin osadamente
quiere mostrarse; fueron en mi daño
causa deste pestífero accidente.

Cual yo quedase, hecho de mí estraño,
sábelo Amor, qu' en la miseria mía
me da ocasión para mayor engaño.

Suspiro y lloro cuanto es largo el día,
y nunca cesan el suspiro y llanto
cuanto es larga la noche oscura y fría.

La dulce voz d' aquel su dulce canto
mi alma tiene toda suspendida;
mas no es canto la voz, es fuerte encanto,

que tras su viva fuerça y encendida
me lleva compelido sin provecho,
para perder en tal dolor la vida.

Duro jaspe cercó su tierno pecho,
do Amor despunta con trabajo vano

las flechas todas del carcax deshecho.

El rostro, do escribió Amor de su mano,
Dichoso quien por mí pena y suspira,
si cabe tanto bien en pecho umano;

deste miedo y peligro me retira,
y haze, que levante el pensamiento
a la grandeza qu' en su lumbre mira.

A todos pone espanto mi tormento,
¿y a quién no espantará el dolor que paso?
Y, lo menos descubro, en lo que siento.

Yo voy siguiendo d' uno en otro paso
a mi bella Enemiga presurosa,
y la pienso alcançar con tardo paso.

Cuando l' Aurora pura y luminosa
muestra la blanca mano al nuevo día,
veo la de mi Estrella más hermosa.

Mas cuanto mi fortuna me desvía
de su grandeza, tanto más osado
por ella sigo la esperança mía.

Tus viras en mi pecho traspasado
ya no caben, Amor, porqu' está lleno
de tantas, como en él as arrojado.

En la luz bella y resplandor sereno
estavas de sus ojos ascondido,
y me penetró dellos el veneno.

D' allí arrojaste en ímpetu encendido
flechas de mi enemiga, y tu vitoria
dellos nació, y fui dellos yo herido.

Amor, tú bien les debes esta gloria;
que si no fuera por la fuerça dellos,
en mí ya se perdía tu memoria.

Tal es la nieve de los ojos bellos,
tal es el fuego de la luz serena;
qu' ielo y ardo a un mesmo punto en ellos.

Del frío Euxino a la encendida arena,
qu' el Sol requema en África abrasada,
no se ve, cual la mía, otra igual pena.

Pero podrá dichosa ser llamada
por quien me causa esta pasión interna,
con invidia de todos admirada.

Así fuese yo el cielo que gobierna
en cerco las figuras enclavadas,
para siempre mirar su luz eterna;

así sus luzes puras y sagradas
bolviese siempre a mis vencidos ojos,
y m' abrasase en llamas regaladas;

como todas mis ansias, mis enojos
serían bien y gloria, y mi tormento
descanso en el ardor de mis despojos.

Mal podré yo dezir mi sentimiento,
si el dolor no me dexa de la mano;
si vence su rigor al sufrimiento.

Grande esperança en un deseo vano
es la molesta causa de mi pena,
y un ciego error de dulce Amor tirano.

No m' espanto, qu' esté mi Estrella agena
d' amor, pues e el amor todo ocupado,
y dél solo mi ánima está llena;

qu' en él todo se ha toda trasformado;
y así amo solo, y ella sola amada
es, no amando un amor tan estremado.

Tal vez suele poner la faz rosada
d' aquel color, que suele al tierno día
mostrar la fresca Aurora rociada;

y le digo, Señora dulce mía,
si pura fê, devida a vuestra alteza,
merece algún perdón de su osadía;

vuestro ecelso valor, y gran belleza
no s' ofendan en vêt, qu' oso y espero

premio, que se compare a su grandeza.

Tanto por vos padesco, tanto os quiero,
y tanto os di, que puedo ya atrevido
dezir, que por vos vivo, y por vos muero.

Así digo; y en esto embevecido
con dulce engaño desamparo el puerto,
y m' abandono por el mar tendido.

Sopla el fiero Aquilón, de bien desierto,
las ondas alça y buelve un torvellino,
y el cielo en negra sombra está cubierto.

No puedo, ay ô dolor, ay, ô mesquino,
remediar el peligro, que recela
el corazón en su dolor indino.

Bien fuera tiempo de coger la vela
con presta mano, y rebolver a tierra
la prora, que cortando el ponto buela.

Mas yo, para morir en esta guerra,
nací inclinado; y sigo el furor mío
por donde del sosiego me destierra.

Vos, que deste amoroso desvarío
vivís libre, si puedo ser culpado,
por bolver a este mal con tanto brío,
sabed que devo más a mi cuidado.

Elegía V

Bien puedo, injusto Amor, pues ya no tengo
fuerça, con que levante mi esperança,
quexarme de las penas, que sostengo.

No temo ya, ni siento la mudança,
qu' en la sombra d' un bien me dio mil daños,
nacidos de una vana confiança.

Larga esperiencia, en estos cortos años
de tantos males trueca a mi deseo
el curso, endereçado a sus engaños.

Pienso mil veces, y ninguna creo,
qu' e de llegar a tiempo, en que descanse
del grave afán, en que morir me veo.

Mas porque tu furor tal vez s' amanse,
no tienes condición, que se conduela
de vêr, que yo de padecer no canse.

Tendí al próspero Zéfiro la vela
de mi ligera nave en mar abierto,
donde el peligro en vano se recela.

El cielo, el viento, el golfo siempre incierto
cambiaron tantas vezes mi ventura,
que nunca tuve un breve estado cierto.

Anduve ciego, viendo la luz pura,
y, para no esperar algún sosiego,
abrí los ojos en la sombra oscura.

La fría nieve m' abrasó en tu fuego;
la llama, que busqué, me hizo ielo;
el desdén me valió, no el tierno ruego.

Subí, sin procurallo, hasta el cielo;
que se perdió en tal hecho mi osadía,
cuando m' aventuré, me vi en el suelo.

No estoy ya en tiempo, donde a l' alegría
dé algún lugar, ni puedo a mi cuidado
sacar del vano error de su porfía.

¿Do está la gloria de mi bien pasado,
que, como en sueño, vi tal vez delante?
¿a do el favor a un punto arrebatado?

Mísera vida d' un mesquino amante,
siempre en cualquier sazón necesitada
del bien que huye, y pierde en un instante.

Mal puedo hallar fin a la intricada
senda, por donde solo voy medroso,
si no la tuerço, o rompo en la jornada.

Tan alcançado estó y menesteroso,

que desespero de salud, y pienso,
qué vale osar en hecho tan dudoso.

Mas, ¡o cuán mal en este error dispenso
las cosas que contienen mi remedio!
¡con cuánto engaño voy al mal suspensio!

Tiénesme puesto, Amor, un duro asedio;
yo no sé, si me rindo, o me defiendo,
ni sé hallar a tanto daño un medio.

Nuevo fuego no es éste, en que m' enciendo;
pero es nuevo el dolor, que me deshaze,
tan ciega la ocasión, que no la entiendo.

La soledad abraço, y no m' aplaze
el trato de la gente, en el olvido
el cuidado mil cosas muda, y haze.

En árboles y peñas esculpido
el nombre de la causa de mi pena
onro con mis suspiros y gemido.

Tal vez pruevo, rompiendo en triste vena
primero el llanto, con la voz quexosa
dezir mi mal, mas el temor me enfrena.

Pienso, y siempre m' engaño en cualquier cosa;
qu' encuentra con el vago pensamiento
l' atrevida esperança y temerosa.

Dísteme fuerça, Amor, dístem' aliento
para emprender una tan gran hazaña;
y m' olvidaste en el seguido intento.

No tiene el alto mar, cuando s' ensaña
igual furor, ni el ímpetu fragoso
del rayo tanto estraga, y tanto daña;

cuanto en un tierno pecho y amoroso
s' embravece tu furia; cuando siente
firme valor y coraçón brioso.

¿Qué me valió hallarme diferente
en tu gloria, que huye, y conocerme
superiör entre tu presa gente?

Ni tú podías más ya sostenerme,
ni yo en tan grande bien pude, mesquino,
aunque más m' esforçava, contenerme.

Yo siempre fui de tanta gloria indino,
y también deste fiero mal que paso;
ni tú, ni yo acertamos el camino.

Una ocasión y otra a un mesmo paso
se me presentan, que perdí, y conmigo
me culpo, y avergüenço en este paso.

Tú solo puedes ser, Amor, testigo
d' aquellos días dulces de mi gloria,
y cuán ufano me hallé contigo.

No te refiero yo mi alegre istoria
con presunción, antes la trayo a cuenta
para más confusión de mi memoria.

No es tanto el grave mal que m' atormenta,
que no meresca más, pues viendo abierto
el cielo al bien, me hallo en esta afrenta.

Austro cruel, qu' en breve espacio as muerto
la bella flor, en cuyo olor vivía,
y me dexaste de salud desierto;

Siempre te hiera nieve, y sombra fría
te cerque, y a tu soplo falte el buelo,
impio ofensor de la ventura mía.

Yo, me vi en tiempo, libre de recelo,
qu' aun el bien me dañava, aora veo,
qu' el más mísero soy, que tiene el suelo.

Desespero, y no mengua mi deseo;
y en igual peso están villano miedo,
osadía, cordura y devaneo.

Estos cuidados que olvidar no puedo,
me desafían a sangrienta guerra,
porqu' esperan vencerm' o tarde, o cedo.

El hijo d' Agenor la dura tierra

labra, y le ofende el fruto belicoso,
qu' en armadas escuadras desencierra;

a mí de mi trabajo sin reposo
nace de cuitas una ueste entera,
que me trae afligido y temeroso.

Del lago Argivo la serpiente fiera
no se multiplicó con tal espanto,
como en crecer mi daño persevera.

Para mayor caída me levanto
del mal tal vez, y luego desfallesco,
y m' acuso d' aver osado tanto.

El tormento, que sufro, no encaresco;
que pasar mal no es hecho d' alabança,
mas descanso en dezir cómo padesco.

Oras, que tuve un tiempo de holgança,
cuando pensava, qu' era agradecida
mi pena, tomad ya de mí vengança.

Yo soy, yo el que pensé en tan dulce vida
no mudar algún punto de mi suerte,
yo soy, yo el que la tengo ya perdida.

El corazón en fuego se convierte,
en lágrimas los ojos, y ninguno
puede tanto, que vença por más fuerte.

A ti me vuelvo, amigo no oportuno,
antes cruel contrario, antes tirano,
robador de mis glorias importuno.

Tú me traes a una y otra mano
sugeto al freno, y voy a mi despecho
por el fragoso y el camino llano.

Condición tuya es rendir el pecho
feroz; oso dezir, que ya t' olvidas
della, con quien me pone en tanto estrecho.

¿Tu arco y flechas dónde están temidas?
¿do está l' ardiente hacha abrasadora
de tantas almas, a tu ley rendidas?

¿Eres tú aquél qu' al padre de l' Aurora,
vencedor de la fiera temerosa,
quebró el orgullo, y sojuzgó a desora?

Aquella diestra y fuerça poderosa
que derriba los pechos arrogantes,
¿do está ocupada, o dónde está ociösa?

¿Puedes vencer los ásperos gigantes,
los grandes reyes abatir, trocando
a un punto sus intentos inconstantes;

y no t' ofendes vêr aora, cuando
más tu valor mostravas, que perdiste
las onras, que ganaste triüfando?

Mísero Amor, ¿tan poco di pudiste
qu' un tierno pecho, a tanta furia opuesto,
sin temor te desprecia y te resiste?

Ya conosco el engaño manifiesto
en que viví; ninguna fuerça tienes,
jamás a quien te huye eres molesto.

Sólo en mi triste coraçón te vienes
a mostrar tu poder; no más, ô crudo,
que ni quiero tus males, ni tus bienes.

Vês este pecho de valor desnudo,
abierto, traspasado, a tantas flechas
hará de tu desdén un fuerte escudo.

Aunque pesadas vengan y derechas,
puede tanto el agravio de mi ofensa,
que sin efeto bolverán deshechas.

No sé, cuitado, si hazer defensa
será más daño; que tu dura fuerça
la siento cada ora más intensa.

¿Quién puede aver tan bravo, quién que tuerça
un ímpetu tan grande, y que deshaga
tu furor, cuando más furor lo esfuerça?

Tan dulce es el dolor desta mi llaga;

qu' en sentirme quexoso soy ingrato,
porqu' en mi pena el mal es mucha paga.

Atrevido deseo sin recato,
memoria, que del bien ya tuve, ufana,
mueven mi lengua al triste mal, que trato.

Engaño es éste d' esperançã vana,
que piensa en sus mudançãs mejorarse,
instable siempre y sin valor liviana.

No pueden las raíces arrancarse,
qu' en lo hondo del pecho están travadas,
donde pueden del tiempo asegurarse.

No esperen pues tus penas nunca usadas,
ni espere, Amor, la voluntad d' aquella,
que las tiene en mi daño concertadas,

hazer, que dellas yo m' aparte, y della
m' olvide un punto; porqu' el vivo fuego,
que nace de su luz serena y bella,
cual siempre, me trairá vencido y ciego.

Elegía VI

D' aquel error en que viví engañado,
salgo a la pura luz, y me levanto
tal vez del peso, que sufrí cansado.

Pudo mi desconcierto crecer tanto,
qu' anduve de mí mesmo aborrecido,
sugeto siempre a la miseria y llanto.

Ya vuelvo en mí, y contemplo, cuán perdido
rendí el loçano corazón sin miedo
a los dañados gustos del sentido.

Más sé, qu' , aunque m' esfuerço, appena puedo
abraçar la razón; porqu' el engaño
no se me aparta de la vista un dedo.

Y no me vale, aunqu' en mi bien m' engaño,
pensar quién soy, ni deduzir del cielo

la clara origen contra un dulce daño.

¡Cuán mal se limpian del corpóreo velo
las manchas, y cuán tarde se desata
de su pasión quien anda en este suelo!

Mil buenos pensamientos desbarata
la ocasión a deleites ofrecida,
cuando menos el ombre se recata.

Mas éstos son peñascos de la vida,
do se rompe la nave en mar ondoso,
si no va con destreza bien regida.

¿Quiénes tan temerario y desdeñoso,
que s' entregue a la muerte en esperança
del caso siempre incierto y peligroso?

Quien quisiera hartarse en la vengança
de mis males, hallara a su deseo
colmada la medida sin mudança;

si, conociendo yo mi devaneo,
no diera al vano gusto de la mano,
y alçara de la tierra al fiero Anteo.

Grande trabajo es, aunque no es vano,
querer mudar una costumbre larga;
grande es, pero es el premio soberano.

Traxe en los ombros esta grave carga
sin reposar, como otro nuevo Atlante,
en quien del cielo el peso todo carga.

No soy después del daño tan constante,
que no tiemble en pensar lo que sufría,
y de mi ostinación que no m' espante.

Aora voy por una llana vía
a la seguridad del bien, que sigo,
do no acertar será desdicha mía.

Considero apartado yo conmigo,
del roxo sol la inmensa ligereza,
y en cuanto infunde su calor amigo;

la tibia inestable Luna, la grandeza
del ancho mar, su vario movimiento;
el sitio de la tierra y su firmeza.

¡uzgo, cuánto es el gusto y el contento
de gozar la belleza diferente,
qu' en sí contiene este terrestre asiento;

y cuán dulce es vivir alegremente
espacios largos d' una edad dichosa,
y contemplar tan alto bien presente;

do en esta vista y luz maravillosa
el ánimo encendido ensalce el buelo
a la profunda claridad hermosa;

y allí s' afine d' aquel torpe velo,
qu' en sí lo traxo opreso; y no le impida
la gruesa niebla y el error del suelo.

¡Cuánta miseria es perder la vida
en la purpúrea flor de la edad pura,
sin gozar de la luz del Sol crecida!

¡Cuán vana eres, umana hermosura!
¡cuán presto se consume y se deshaze
la gracia y el donaire y compostura!

La bella virgen, cuya vista aplaze,
y regala al sentido, en tiempo breve
al mesmo, qu' agradó, no satisfaze.

No así tan presto aparta el viento leve,
y disipa las nieblas, y el ardiente
Sol desata el rigor d' elada nieve;

como a la tierna edad la flor luziente
huye, y los años buelan, y perece
el valor y belleza juntamente.

¡Cuán breve y cuán caduca resplandece
nuestra gloria!, ¡cuán súbito, en el punto
que deleita a los ojos, desaparece!

Mas, ô si ser pudiese, qu' este punto
de breve vida, alegres, en sosiego

gozásemos sin miedo y dolor junto.

Cual, d' ambición y d' avaricia ciego,
sulca el piélago inmenso peregrino,
y vê del Sol más tarde el claro fuego.

Cual, ardiendo en furor de Marte indino,
arma el osado pecho en duro hierro
contra el estrecho deudo y el vezino.

Cual, de sí mesmo puesto en un destierro,
niega su voluntad por otra agena,
y sigue inferiör el mayor ierro.

Lisongeros halagos, dulce pena,
buscado mal del desvarío umano
traen de gusto la esperança llena.

Ningún monte, o desierto, ningún llano,
a do pueda llegar gente atrevida,
nos tendrá libres del error profano.

Ira, miedo, codicia aborrecida
nos cercan, y huir no es de provecho,
que las llevamos siempre en la huída.

Incierto y congoxoso tiene el pecho,
quien espera; no goza ni sosiega,
si sus vanos contentos no a deshecho.

Quien sabe en qué se goza, y nunca entrega
su buena dicha en el poder ageno,
de la virtud a l' alta cumbre llega.

Estos deleites, tras quien fui sin freno,
qu' al fin tan caro cuestan, me traxeron
siempre de confusión y temor lleno.

Ni fueron firmes ni fiëles fueron,
dañáronme huyendo; y si uvo alguno
que no, huyó con cuantos me huyeron.

Seguro gozo puede ser ninguno,
ninguno puede ser perpetuo, en cuanto
la tierra cría, y cerca el gran Netuno.

Sola Virtud, tú sola puedes tanto,
qu' el gozo dar perpetuo, y bien seguro
puedes, si en amor tuyo me levanto.

Lugar puede hallarse tan oscuro,
do s' asconda algún tiempo el error cierto,
mas sale a fuerça al cabo al aire puro.

La vergüença del proprio desconcierto,
el miedo, vengador de nuestras penas,
nos muestran nuestra falta en descubierto.

El delito y las culpas son ajenas
de nuestra condición, pero nacimos
con mil flaquezas de miseria llenas;

y tan mal nuestros bienes conocimos,
y dimos tanta mano al torpe gusto,
que solos sus regalos admitimos.

¿Do está el deseo ya del onor justo?
¿do el amor verdadero de la gloria?
¿do contra el vicio el corazón robusto?

Gran hazaña es gozar de la vitoria
del bravo contendor, y los despojos
guardar para blasón de la memoria;

pero es mucho mayor, ante los ojos
que miran bien, por la no usada senda
caminando entre peñas y entre abrojos,

sobrepajar en áspera contienda
sus contrarios, y vêr s' en l' ardua cumbre,
do no alcance el nublado, ni l' ofenda.

Mas, ¿quién podrá subir sin viva lumbre?
¿quién sin favor qu' aliente su flaqueza,
y l' alce desta grave pesadumbre?

Si yo pudiese bien en tu belleza
fixar mis ojos, Musa soberana,
y contemplar cercano tu grandeza;

del ciego error y multitud profana,
que s' entorpece en la tiniebla oscura,

no seguiría la opinión liviana.

Antes con voluntad libre y segura,
abrasado en tu amor, ocuparía
la vida en admirar tu hermosura.

Y aquí do el Betis desigual varía
el curso, y buelve y trueca la creciente,
un apartado puesto escogería.

Do l' ambición de tanta errada gente,
los deseos injustos, la esperança,
dulce engaño del ánimo doliente;

en este estado, libre de mudança,
no podrían turbarme del sosiego,
qu' en la discreta soledad s' alcanza.

Rompa los senos otro del mar ciego
con prestatas alas de su osada nave,
do no s' aventuró Romano, o Griego;

llegue, do el sacro Océano se trave
con el piélago Austral, y no cansado,
cerque el golfo, qu' el ielo torna grave;

que bien puede alabarse confiado
d' aver visto, tratado y conocido,
y mil varios peligros allanado;

pero no avrá gozado, ni entendido
los bienes, qu' el silencio en el desierto
da a un corazón modesto y bien regido,
fuera de todo umano desconcierto.

Elegía VII

Si el presente dolor de vuestra pena
sufre escuchar, de la pasión, que siento,
esta mi Musa de dulçura agena;

estad, Señor, un breve espacio atento
a las llorosas lástimas, que canto
solo, puesto en olvido y descontento.

Que si yo puedo declarar bien, cuánto
estrago haze Amor en mis entrañas,
no será en vano mi quexoso llanto.

Mas, ¿cómo las cruizas y hazañas
del fiero usurpador de l' alma mía
dezir podré, y sus bueltas siempre estrañas?

Seguro, alegre, en quiëtud vivía
con libertad y coraçón ufano,
mostrando contra Amor grande osadía.

Pensava, mas al fin pensava en vano,
que contra la dureza de mi pecho
no pudiera el rigor deste tirano.

No me valió; que al cabo a mi despecho
rendí a su yugo el quebrantado cuello,
y fue mi orgullo sin valor deshecho.

Un sutil hilo pudo d' un cabello,
más bello que la luz del Sol dorado,
traerme preso sin jamás rompello;

y unos ojuelos de color mesclado,
que prometen mil bienes, sin dar uno,
tomaron el imperio en mi cuidado.

Vilos, y me perdí, mas, ô importuno
remedio, que no viéndolos, me pierdo
del mayor mal que tuvo amante alguno.

El seso pierdo, quando estoy más cuerdo,
pero Amor es furor, quien no está loco,
dirá, que hablo sin algún acuerdo.

Las cosas, que d' amor apunto y toco,
no alcança esa profana y ruda gente;
vos sí, que de su mal no sabéis poco.

Yo voy por un camino diferente
en los males que tengo, y nunca espero
sanar deste dolor, que l' alma siente.

Al bien medroso, al mal osado y fiero,

y estoy de gloria y ufanía lleno,
cuando en la fuerza del tormento muero.

Si puedo alguna vez hallarm' ageno
de mi pasión, ocupo la memoria;
en cuán poco meresco, lo que peno.

No cabe en mí pensar que tanta gloria
se deve a mi dolor; ni que s' estienda
de mis afanes la dichosa istoria.

No hallo ya razón que me defienda
de perdición, pues corro tras mi engaño,
y me despeño sin cobrar la rienda.

D' un día en otro voy al fin del año,
desvanecido y lleno d' esperança,
sin abraçar el claro desengaño.

Pienso y entiendo, que hazer mudança
podrá valerme, mas la cruda vira
d' Amor o cerca, o lexos todo alcança.

Mil vezes contra mí me pongo en ira,
y culpo mi temor y mi flaqueza,
que del onrado intento me retira.

Mas ¿quién tiene tan grande fortaleza?
¿quién vê, libre del mal aquel semblante
y pura flor d' angélica belleza?

No soy peña, ni duro diãmante;
tal furor tierno vive en estos ojos,
que de su luz s' enciende en un instante.

Pequeños son, no alcançan mis enojos
a merecer la gloria del mal mío,
ni vêrse juntos entre sus despojos.

Nevosos invierno y abrasado estío
destruyen mi esperança de tal suerte,
que me mata el calor, y acaba el frío.

Más qu' otro pudo ser, mi pecho es fuerte,
pues no fallece en tal dolor, sufriendo
los extremos efetos de la muerte.

Cual suele Febo aparecer, trayendo
la luz y los colores a las cosas,
cuando del sacro mar sale luziendo;

tales sus dos estrellas gloriösas
dan a mi alma claridad divina,
que m' enciende en mil llamas amorosas.

Y cual se muestra el cielo, si declina
la luz, y con la sombra tenebrosa
el orror de la noche s' avezina;

tal yo, sin su beldad maravillosa,
estoy confuso y lleno de recelo,
desierto y triste en soledad penosa.

Las ricas hebras del dorado velo
vencen a las que cercan a Ariana
en el eterno resplandor del cielo.

¡Cuánto m' engaña esta esperança vana
en contar de mi afán la triste istoria,
y el desdén de mi Estrella soberana!

No sufre mi fortuna tanta gloria,
qu' espere merecer alguna parte
de mi dolor lugar en su memoria.

El fiero estruendo del sangriento Marte,
de que tiembla medroso el Lusitano,
atónito de tanto esfuerço y arte;

incita éste mi canto umilde y llano
en su alabança, pero apenas puedo
juntar las Musas al furor insano.

Otro que tenga espíritu y denuedo,
podrá cantar, igual a tan gran hecho;
que yo en dezir mis males estoy ledo.

El dolor que padece vuestro pecho
permita, y la serena luz ardiente,
y el oro, qu' os enlaza en nudo estrecho,

que yo, ô sublime gloria d' Occidente,

ose mostrar en este rudo canto
lo qu' el deseo publicar consiente.

Que si, como pretendo, yo levanto
la voz, el Indo extremo, el Lapón frío,
y aquél qu' el alto Febo abrasa tanto;

y quien abita el Amazonio río,
onrarán vuestro nombre generoso,
admirados d' oír el canto mío.

¿Cuándo será aquel día, en qu' el hermoso
rayo d' Amor y celestial Luzero
hiera este campo y río venturoso?

Betis, qu' al grande Océano ligero
con curso ufano contrastar porfías,
sin espantarte su semblante fiero;

con creciente mayor, que la qu' envías,
rebosa, y salgan del ondoso seno
tus Ninfas a ayudar las voces mías.

Descubra el cielo el resplandor sereno,
y virtud nueva infunda a tu ribera,
y al campo, de mil flores siempre lleno.

La luz de hermosura verdadera,
por quien suspira el venturoso amante,
por quien en esperança desespera;

con pura faz de rosas, semejante
a la bella y divina caçadora,
se te muestra, y ya casi está delante.

Pinta pues, variando; orna y colora
de perlas y esmeraldas tus cristales,
y tus arenas enriquece y dora;

y ciñe con mil ramos de corales
la venerable frente, a cuya alteza
son los más grandes ríos desiguales;

y ofrece umildemente a su belleza
los nobles dones, qu' abundante cría
de tu fértil corriente la riqueza;

Venid diciendo ya, Señora mía,
meresca ya por vos aquesta tierra
el bien que mereció esa tierra fría.

En esta parte el largo cielo encierra
(tanto puede alcançar la suerte umana)
cuanto aparta de otras y destierra.

Sola vuestra grandeza soberana
le falta, para ser siempre dichosa,
venid pues, ô clarísima Diana.

Este prado y ribera venturosa,
este bosque, esta selva y esta fuente
os llama y os suspira deseösa.

Ceñid vuestra serena y limpia frente
deste florido cerco, entrelazado
de los ricos esmaltes d' Oriënte.

Umilde don, mas deve ser preciado;
que yo doy sólo a vos estos despojos,
a pagar mayor censo condenado.

Ya son eternas flores los abrojos,
y el frío invierno buelto va en verano
con la cercana luz de vuestros ojos.

En medio deste abierto y fértil llano
alçará de mis Ninfas todo el coro
un templo a vuestro nombre soberano.

Y con guirnaldas en las hebras d' oro
texerán bueltas, y trairán consigo
las qu' en sus ondas cría el seno Moro.

Y todas juntas cantarán conmigo
del sagrado Imeneo en alabança,
de qu' el cielo a querido ser testigo.

Venid, ô gloria nuestra y esperança;
deshaga vuestra vista el sentimiento
de quien tanto s' ofende en la tardança.

Mas ¿dónde m' arrebatara el pensamiento?

¿Do en tan alta grandeza me levanto
con vano y temerario atrevimiento?

Vos tenéis, gran Marqués, desto, que canto,
la culpa, y me hezistes atrevido;
que yo de mí no pienso, ni oso tanto.

Mi ruda Musa sólo en mi gemido
s' ocupa y en memoria de los daños,
qu' a tan mísero estado m' an traído.

Sabrosa perdición, dulces engaños,
siempre temido mal, eterna pena,
que sufrí triste de mis tiernos años,

dieron la gloria de desdichas llena,
al simple canto, a cuya rustiqueza
abrió el Amor una profunda vena.

Mas para celebrar la gran belleza
de la inmortal Diana y su luz pura,
y del mucho amor vuestro la grandeza,
ni puedo, ni meresco tal ventura.

SONETOS

Soneto I

Osé y temí; mas pudo la osadía
tanto, que desprecié el temor cobarde.
Subí a do el fuego más m' enciende y arde,
cuanto más la esperança se desvía.

Gasté en error la edad florida mía;
aora veo el daño, pero tarde;
que ya mal puede ser, qu' el seso guarde
a quien s' entrega ciego a su porfía.

Tal vez pruevo (mas, ¿qué me vale?) alçarme
del grave peso que mi cuello oprime;
aunque falta a la poca fuerça el hecho.

Sigo al fin mi furor, porque mudarme
no es onra ya, ni justo, que s' estime

tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

Soneto II

Voy siguiendo la fuerça de mi hado
por este campo estéril y ascondido:
todo calla, y no cesa mi gemido;
y lloro la desdicha de mi estado.

Crece el camino, y crece mi cuidado;
que nunca mi dolor pone en olvido.
El curso al fin acaba, aunqu' estendido;
pero no acaba el daño dilatado.

¿Qué vale contra un mal siempre presente
apartar s' y huir, si en la memoria
s' estampa, y muestra frescas las señales?

Buela Amor en mi alcance; y no consiente
en mi afrenta qu' olvide aquella istoria,
que descubrió la senda de mis males.

Soneto III

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,
armar de duro ielo el pecho mío;
porqu' el fuego d' Amor al grave frío
no desatase en nuevo encendimiento.

Procuré no rendir m' al mal que siento;
y fue todo mi esfuerço desvarío.
Perdí mi libertad, perdí mi brío;
cobré un perpetuo mal, cobré un tormento.

El fuego al ielo destempló en tal suerte,
que, gastando su umor, quedó ardor hecho;
y es llama, es fuego, todo cuanto espiro.

Este incendio no puede darme muerte;
que, quanto de su fuerça más deshecho,
tanto más de su eterno afán respiro.

Soneto IV

El Sátiro qu' el fuego vio primero,
de su vivo esplendor todo vencido,
llegó a tocallo; mas provó, encendido,
qu' era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.

Yo, que la pura luz do ardiendo muero,
mísero vi, engañado y ofrecido
a mi dolor, en llanto convertido
acabar no pensé, como ya espero.

Belleza, y claridad antes no vista,
dieron principio al mal de mi deseo,
dura pena y afán a un rudo pecho.

Padesco el dulce engaño de la vista;
mas si me pierdo con el bien que veo,
¿cómo no estoy ceniza todo hecho?

Soneto V

Órrido invierno, que la luz serena,
y agradable color del puro cielo
cubres d' oscura sombra y turbio velo
con la mojada faz de nieblas llena;

buelve a la fría gruta, y la cadena
del nevoso Aquilón; y en aquel ielo,
qu' oprime con rigor el duro suelo,
las furias de tu ímpetu refrena.

Qu' en tanto qu' en tu ira embravecido,
asaltas el divino Esperio río,
que corre al sacro seno d' Occidente,

yo triste, en nube eterna del olvido,
culpa tuya, apartado del Sol mío,
no m' enciendo en los rayos de su frente.

Soneto VI

Al mar desierto en el profundo estrecho
entre las duras rocas, con mi nave
desnuda tras el canto voy suäve,

que forçado me lleva a mi despecho.

Temerario deseo, incauto pecho,
a quien rendí de mi poder la llave,
al peligro m' entregan fiero y grave;
sin que pueda apartarme del mal hecho.

Veo los uestos blanquear, y siento
el triste son de la engañada gente;
y crecer de las ondas el bramido.

Huir no puedo ya mi perdimiento;
que no me da lugar el mal presente,
ni osar me vale en el temor perdido.

Soneto VII

No puedo sufrir más el dolor fiero,
ni ya tolerar más el duro asalto
de vuestras bellas luzes, antes falto
de paciencia y valor, en el postrero

trance, arrojando el yugo, desespero;
y, por do voy huyendo, el suelo esmalto
de rotos lazos; y levanto en alto
el cuello osado, y libertad espero.

Mas, ¿qué vale mostrar estos despojos,
y la ufanía d' alcanzar la palma
d' un vano atrevimiento sin provecho?

El rayo que salió de vuestros ojos
puso su fuerza en abrasar mi alma,
dexando casi sin tocar el pecho.

Soneto VIII

¿Por qué renuevas este encendimiento,
tirano Amor, en mi herido pecho?
que ya, casi olvidado del mal hecho,
vivía en soledad de mi tormento.

Cuando más descuidado y más contento,
rebuelves a meterm' en tanto estrecho;

oblígame, cruel, qu' a mi despecho
procure contrastar tu fiero intento.

Las armas, en el templo ya colgadas,
visto, y el azerado escudo embraço,
y en mi vengança salgo a la batalla.

Mas ay, qu' a las saetas, que templadas
en la luz de mi Estrella están, y al braço
tuyo no puede resistir la malla.

Soneto IX

Esta desnuda playa, esta llanura
d' astas y rotas armas mal sembrada;
do el vencedor cayó con muerte airada,
es d' España sangrienta sepultura.

Mostró el valor su esfuerço, mas ventura
negó el suceso, y dio a la muerte entrada,
que rehuyó dudosa y admirada,
del temido furor la suerte dura.

Venció Otomano al Español ya muerto
antes del muerto el vivo fue vencido,
y España y Grecia lloran la vitoria.

Pero será testigo este desierto,
qu' el español, muriendo no rendido,
llevó de Grecia y Asia el nombre y gloria.

Soneto X

Roxo sol, que con hacha luminosa
coloras el purpúreo y alto cielo,
¿hallaste tal belleza en todo el suelo,
qu' iguale a mi serena Luz dichosa?

Aura suäve, blanda y amorosa,
que nos halagas con tu fresco buelo;
quando se cubre del dorado velo
mi Luz, ¿tocaste trença más hermosa?

Luna, onor de la noche, ilustre coro

de las errantes lumbres y fixadas,
¿consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, Aura, Luna, llamas d' oro,
¿oístes vos mis penas nunca usadas?
¿vistes Luz más ingrata a mis querellas?

Soneto XI

Suspiro, y pruevo con la voz doliente
qu' en su dolor espire l' alma mía;
crece el suspiro en vano, y mi agonía,
y el mal renueva siempre su accidente.

Estas peñas, do solo muero ausente,
rompe mi suspirar en noche y día;
y no hiere, (ô dolor de mi porfía)
a quien estos suspiros no consiente.

Suspirando no muero, y no deshago
parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto;
y cesando las lágrimas, suspiro.

Esfuerça Amor el suspirar, que hago,
y como el cisne muere en dulce canto,
así acabo la vida en el suspiro.

Soneto XII

Yo voy por esta solitaria tierra,
d' antiguos pensamientos molestado,
huyendo el resplandor del Sol dorado,
que de sus puros rayos me destierra.

El paso a la esperança se me cierra;
d' un' ardua cumbre a un cerro vo enriscado,
con los ojos bolviendo al apartado
lugar, solo principio de mi guerra.

Tanto bien representa la memoria,
y tanto mal encuentra la presencia;
que me desmaya el coraçón vencido.

O crueles despojos de mi gloria,

desconfianza, olvido, celo, ausencia,
¿por qué cansáis a un mísero rendido?

Soneto XIII

Dulces halagos, tierno sentimiento,
regalos blandos y amoroso engaño,
qu' a un rudo pecho, y del Amor extraño
fuistes grave ocasión de su tormento;

¿qué dura fuerza y grande movimiento
os deshizo, y mostró el cubierto daño?
¿por qué no me consuela el desengaño,
ya que m' ofende vêr mi perdimiento?

No me distes herida tan liviana,
qu' a lo íntimo del alma no tocase;
quedando en ella eternamente abierta.

Faltastes; porque nunca yo alcançase
del bien, que tuve, en esperanza vana,
segura un' ora d' alegría cierta.

Soneto XIV

¿Do vas? ¿Do vas, cruel? ¿Do vas? Refrena,
refrena el presuroso paso, en tanto
que de mi dolor grave el largo llanto
a abrir comienza esta honda vena.

Oye la boz de mil suspiros llena,
y de mi mal sufrido el triste canto;
que no podrás ser fiera y dura tanto;
que no te mueva esta mi acerba pena.

Buelve tu luz a mí, buelve tus ojos,
antes que quede oscuro en ciega niebla;
dezía en sueño, o en ilusión perdido.

Bolví, halléme solo y entre abrojos,
y en vez de luz, cercado de tiniebla,
y en lágrimas ardientes convertido.

Soneto XV

En vano error de dulce engaño espero,
y en la esperanza de mi bien porfío;
y aunque veo perder m', el desvarío
me lleva del Amor, a donde muero.

Ojos, de mi deseo fin postrero,
sola ocasión del alto furor mío,
tended la luz, romped aqueste frío
temor, que me derriba en dolor fiero.

Porque mi pena es tal, que tanta gloria
en mí no cabe, y desespero, cuando
veo, qu' el mal no devo merecello;

pues venço mi pasión con la memoria,
y con la onra de saber, penando
que nunca a Troya ardió fuego tan bello.

Soneto XVI

¿Qu' espíritu encendido Amor envía
en este frío corazón esquivo,
que con l' alva en calor el pecho avivo,
y ardo al aparecer del nuevo día?

Yo m' inflamo si a Febo se desvía
la sombra; y cuando d' aquel puesto altivo
declina el Sol, me quemo en fuego vivo,
y abraso, cuando al mar tuerce la vía.

Centella soy, si el lubricán parece;
llama, cuando se vên las luzes bellas,
y el blanco rostro a Delia se colora.

Fuego soy, cuando el orbe s' adormece;
incendio al asconder de las estrellas,
y ceniza al bolver de nueva Aurora.

Soneto XVII

Despoja la hermosa y verde frente
de los árboles altos el turbado

otoño, y dando paso al viento elado,
queda lugar a l' aura d' Occidente.

Las plantas qu' ofendió con el presente
espíritu de Zéfiro templado,
cobran onra y color; y esparce el prado
olor de bellas flores dulcemente.

Mas ¡ô triste!, que nunca mi esperança,
después que l' abatió desnuda el ielo,
torna avivar para su bien perdido.

¡Cruda suerte d' amor, dura mudança,
firme a mi mal, qu' el variär del cielo
tiene contra su fuerça suspendido!

Soneto XVIII

Flaca esperança en todas mis porfías,
vano deseo en desigual tormento,
y, inútil fruto del dolor que siento,
lágrimas sin descanso, y ansias mías;

un' ora alegre, en tantos tristes días
sufrid, que tenga un triste descontento;
y que pueda sentir tal vez contento
la gloria de fingidas alegrías.

No es justo, no, que siempre quebrantado
me oprima el mal, y me deshaga el pecho
nueva pena d' antiguo desvarío.

Mas ô que temo tanto el dulce estado,
que (como al bien no esté enseñado y hecho)
abraço ufano el grave dolor mío

Soneto XIX

Yo vi unos bellos ojos, que hirieron
con dulce flecha un corazón cuitado;
y que, para encender nuevo cuidado,
su fuerça toda contra mí pusieron.

Yo vi que muchas vezes prometieron

remedio al mal que sufro no cansado;
y que, cuando esperé vello acabado,
poco mis esperanças me valieron.

Yo veo, que s' asconden ya mis ojos
y crece mi dolor, y llevo ausente
en el rendido pecho el golpe fiero.

Yo veo ya perderse los despojos,
y la membrança de mi bien presente;
y en ciego engaño d' esperança muero.

Soneto XX

Si puede celebrar mi rudo canto
la luz de vuestro ingenio y la nobleza,
tendrá perpetua gloria con grandeza
de fama en el dorado y rico manto.

Pero si de mi mal no me levanto,
y Amor m' ocupa todo en la belleza,
sola y grave ocasión de mi tristeza,
por quien suspiro y me deshago en llanto;

será, en cuanto sostenga l' alma mía
el duro peso, sin temor d' olvido,
siempre vuestro valor de mí estimado.

Porqu' el sosiego y trato y cortesía
a vos todo me tienen ofrecido,
ô illustre onor del nombre Maldonado.

Soneto XXI

Como en la cumbre ecelsa de Mimante,
do en eterna prisión arde, y procura
alçar la frente airada, y guerra oscura
mover de nuevo al cielo el gran gigante;

se nota de las nuves, que delante
buelan y encima, en órrida figura
la calidad de tempestad futura,
qu' amenaza con áspero semblante;

así, de mis suspiros y tristeza,
del grave llanto y grande sentimiento
se muestra el mal, qu' encierra el duro pecho.

Por eso no os ofenda mi flaqueza,
bella Estrella d' Amor; que mi tormento
no cabe bien en vaso tan estrecho.

Soneto XXII

Zéfiro renovó en mi tierno pecho
floridas ramas de esperançã cierta,
a mansa pluvia, a sol templado abierta,
y todo se mostrava en mi provecho.

Cuando, de ielo un crudo soplo hecho,
5
d' aquella parte de calor desierta,
abate en tierra mi esperançã muerta,
y el trabajo en un punto fue deshecho.

Quedó en el mesmo puesto el ielo frío,
que con el fuego en mi dolor contiende;
10
y vence alguna vez, otra es vencido.

D' allí siempre temí en el pecho mío
la nieve; qu' aunque el fuego me defiende,
medroso estoy del daño recibido.

Soneto XXIII

En la oscura tiniebla del olvido,
y fría sombra, do tu luz no alcança,
Amor, me tiene puesto sin mudançã
este fiero desdén aborrecido.

Porque de su crueza perseguido,
hecho mísero exemplo de vengança,
del todo desampare la esperançã
de bolver al favor y al bien perdido.

Tú, que sabes mi fê y oyes mi llanto,
rompe las nieblas con tu ardiente fuego;

y tórnam' a la dulce suerte mía.

Mas ô si oyese yo tal vez el canto
de mi enemiga, que saldría luego
a la pura región de l' alegría.

Soneto XXIV

Oye tú solo, eterno y sacro río
el grave y mustio son de mi lamento;
y mesclado en tu grande crecimiento
lleva al padre Nereo el llanto mío.

Los suspiros ardientes que a ti envío,
antes que los derrame leve viento,
acoge en tu sonante movimiento
porque s' asconda en ti mi desvarío.

No sean más testigos de mi pena
los árboles, las peñas, que solían
responder, y quejars' a mi gemido.

Y en estas ondas, y corriente llena,
a quien vencer mis lágrimas porfían,
viva siempre mi mal y amor crecido.

Soneto XXV

Salen mil pensamientos al encuentro,
cuando estoy más ageno; y pueden tanto,
qu' a pena de mis males me levanto,
y ya me hallo en el peligro dentro.

Sin recelo mi afrenta sigo, y entro
osando (ô ciego error) para más llanto,
y aunque m' esfuerço, al fin no puedo, cuanto
devo en tantas mudanças con qu' encuentro.

No es la tristeza, ni el dolor, quien haze
la guerra, que padesco, de mi daño;
qu' el mal no espanta a quien lo tiene en uso.

El bien que temo y dudo me deshaze;
que yo sé bien, por el ausente engaño,

juzgar deste presente el fin confuso.

Soneto XXVI

Subo, con tan gran peso quebrantado,
por esta alta, empinada, aguda sierra;
que aún no llevo a la cumbre, cuando tierra
el pie, y trabuco al fondo despeñado.

Del golpe y de la carga maltratado,
me alço apena, y a mi antigua guerra
buelvo: mas ¿qué me vale? que la tierra
misma me falta al curso acostumbrado.

Pero aunqu' en el peligro desfallesco,
no desamparo el paso; qu' antes torno
mil vezes a cansarm' en este engaño.

Crece el temor, y en la porfía cresco;
y sin cesar, cual rueda buelve en torno;
así rebuelvo a despeñarm' al daño.

Soneto XXVII

El color bello en el umor de Tiro
ardió, y la nieve vuestra en llama pura,
quando, Estrella, bolvistes con dulçura
los ojos, por quien mísero suspiro.

Vivo color de lúcido safiro,
dorado cielo, eterna hermosura,
pues merecí alcançar esta ventura,
acoged blandamente mi suspiro.

Con él mi alma, en el celeste fuego
vuestro abrasada viene, y se trasforma
en la belleza vuestra soberana.

Y en tanto gozo, en su mayor sosiego,
su bien, en cuantas almas halla, informa;
qu' en el comunicar más gloria gana.

Soneto XXVIII

Suäve Filomela, que tu llanto
descubres al sereno y limpio cielo,
si lamentaras tú mi desconsuelo,
o si tuviera yo tu dulce canto;

yo prometiera a mis trabajos tanto,
qu' esperara al dolor algún consuelo;
y se movieran d' amoroso zelo
los bellos ojos cuya lumbre canto.

Mas tú, con la voz dulce y armonía
cantas tu afrenta y bárbaros despojos,
yo lloro mayor daño en son quexoso.

O haga el cielo qu' en la pena mía
tu voz suene, o yo cante mis enojos,
buelto en ti, Ruseñol blando y lloroso.

Soneto XXIX

Huyo apriesa medroso el orror frío,
y l' aspereza, y aterido invierno,
y l' aura espero de Favonio tierno
contra su fuerça y contra el seco estío.

Mas, Herrera, en el grave estado mío
me ofende el prevenir, y al fin dicierno
zéfiro breve, y Aquilón eterno,
y siempre en un error por mal porfío.

Al cabo avrá de ser, qu' el destemplado
estío acabe en fuego, o en tanta nieve
rígido invierno el pecho endurecido.

Vos, qu' en sosiego, si d' amor cansado
estáis, o si pasión presente os mueve,
tened dolor de vêrme tan perdido.

Soneto XXX

Canso la vida en esperar un día
de fingido plazer, huyen los años,
y nacen dellos mil sabrosos daños,

qu' esfuerçan el error de mi porfía.

Los pasos, por do voy a mi alegría,
tan desusados son, y tan estraños,
que al fin van a acabars' en mis engaños,
y dellos vuelvo a començar la vía.

Descubro en el principio otra esperança,
si no mayor, igual a la pasada,
y en el mesmo deseo persevero.

Mas luego torno a la común mudança
de la suerte en mi daño conjurada,
y esperando contino desespero.

Soneto XXXI

El tiempo, que s' alarga al mal estraño,
y me muestra mis pasos bien contados;
si término pusiese a mis cuidados,
sería a mi esperança desengaño.

Qu' el oro, que me tiene en nuevo engaño,
los ojos dulcemente regalados,
sin valor a mis años mal gastados
el remedio serían de su daño.

Pero si en él s' aumenta el dolor mío,
si el oro es y las luzes inmortales,
y es eterno el valor y altivo intento;

será d' amor perpetuo el desvarío,
y en las penas qu' a todos son mortales,
renacerá contino mi tormento.

Soneto XXXII

O cara perdición, ô dulce engaño;
suave mal, sabroso descontento;
amado error del tierno pensamiento;
luz, que nunca descubre el desengaño;

puerta por la cual entra el bien y el daño;
descanso y pena grave del tormento;

vida del mal, alma del sufrimiento;
de confusión rebuelta cerco estraño.

Vario mar de tormenta y de bonança;
segura playa y peligroso puerto;
sereno, inestable, oscuro y claro cielo;

¿Por qué como me diste confiança
d' osar perderme, ya qu' estoy desierto
de bien, no pones a mi mal consuelo?

Soneto XXXIII

Ardientes hebras, do s' ilustra el oro,
de celestial ambrosía rociado,
tanto mi gloria sois y mi cuidado,
cuanto sois del Amor mayor tesoro.

Luzes, qu' al estrellado y alto coro
prestáis el bello resplandor sagrado,
cuanto es Amor por vos más estimado,
tanto umilmente os onro más y adoro.

Purpúreas rosas, perlas d' Oriente,
marfil terso, y angélica armonía,
cuanto os contemplo, tanto en vos m' inflamo;

y cuanta pena l' alma por vos siente,
tanto es mayor valor y gloria mía;
y tanto os temo, cuanto más os amo.

Soneto XXXIV

Venció las fuerças el Amor tirano,
cortó los niervos con aguda espada
d' aquella dulce libertad amada,
que sin vigor suspiro siempre en vano.

Él me buelve y me trae por la mano
a do mi error y perdición l' agrada.
Mas ya la vida, de su mal cansada,
osa tornars' al curso usado y llano.

Pero es flaca osadía, y con la muerte

luchando, abraço alegre el dulce engaño,
y me aventuro en el deseo y pierdo.

Que yo no puedo ser al fin tan fuerte,
que contraste gran tiempo a tanto daño;
ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

Soneto XXXV

Por un camino, solo, al Sol abierto,
d' espinas y d' abrojos mal sembrado,
el tardo paso nuevo, y voy cansado
a do cierra la buelta el mar incierto.

Silencio triste abita este desierto;
y el mal, que ay, conviene ser callado,
cuando pienso acaballo, acrecentado
veo el camino, y mi trabajo cierto.

A un lado levantan su grandeza
los riscos juntos, con el cielo iguales,
al otro cae un gran despeñadero.

No sé, de quién me valga en mi estrechez,
que me libre d' Amor, y destes males;
pues remedio sin vos, mi Luz, no espero.

Soneto XXXVI

Llevarme puede bien la suerte mía
al destemplado cerco y fuego ardiente
de l' abrasada Libia, o do se siente
casi perpetua sombra y noche fría;

qu' en la niebla tendré lumbre del día,
templança en el calor, aunqu' esté ausente
de vos, mi bien, y Amor siempre inclemente
me niegue la esperança d' alegría.

Y no podrá mi áspero tormento,
y el inmenso dolor, que temo tanto,
turbarm' un solo punto de mi gloria;

qu' en medio de mi grave sentimiento,

de mi ielo y mi llama, alegre canto
de mi dichoso mal la rica istoria.

Soneto XXXVII

Mi bien, que tardo fue a llegar, en buelo
pasó, cual rota niebla por el viento;
y fue siempre terrible mi tormento,
después que me cercó el temor y el ielo.

Alçava mi esperança al alto cielo;
pero en el començado movimiento
cayó muerta; y sin fuerça y sin aliento
llorando estoy desierto en este suelo.

Do, sólo satisfecho de mi llanto,
huyo todas las muestras d' alegría,
ausente, aborrecido y olvidado.

Membranças tristes viven en mi canto;
y, puesto en la presente pena mía,
descanso cuando estoy más lastimado.

Soneto XXXVIII

Serena Luz, en quien presente espira
divino amor, qu' enciende y junto enfrena
el noble pecho, qu' en mortal cadena
al alto Olimpo levantars' aspira;

ricos cercos dorados, do se mira
tesoro celestial d' eterna vena;
armonía d' angélica Sirena,
qu' entre las perlas y el coral respira;

¿Cuál nueva maravilla, cuál exemplo
de la inmortal grandeza nos descubre
aguesa sombra del hermoso velo?

Que yo en esa belleza, que contemplo,
(aunqu' a mi flaca vista ofende y cubre)
la inmensa busco, y voy siguiendo al cielo.

Soneto XXXIX

Pura, bella, suäve Estrella mía,
que sin, qu' os dañe oscuridad profana,
vestís de luz serena la mañana,
y la tierra encendéis desnuda y fría;

Pues vos, por quien suspiros mil envía
mi alma, cual castísima Diana,
movéis la empresa vuestra soberana
contra Venus y Amor con osadía;

yo seré, como aquél, que su belleza
con hierro amanzilló; y el casto hecho
lo mostró con más gloria y hermosura.

Pero tendré, de Ladmo en l' aspereza,
si Luna sois, del caçador el pecho,
y no del, qu' onró Arcadia, la figura.

Soneto XL

Viví gran tiempo en confusión perdido,
y todo de mí mesmo enagenado,
desesperé de bien; qu' en tal estado
perdí la mejor luz de mi sentido.

Mas cuando de mí tuve más olvido,
rompió los duros lazos al cuidado
d' Amor el enemigo más onrado;
y ante mis pies lo derribó vencido.

Aora, que procuro mi provecho,
puedo dezir, que vivo; pues soy mío,
libre, ageno d' Amor y de sus daños.

Pueda el desdén, Antonio, en vuestro pecho
acabar semejante desvarío;
antes que prevalescan sus engaños.

Soneto XLI

Estoy pensando en mi dolor presente,
y procuro remedio al mal instante;

pero soy en mi bien tan inconstante,
qu' a cualquier' ocasión vuelvo la frente.

Cuando m' aparto, y pienso estar ausente,
de mi peligro estoy menos distante:
siempre voy con mis ierros adelante,
sin que de tantos daños escarmiente.

Noble vergüença del valor perdido,
¿por qué no abrasas este frío pecho,
y deshazes mi ciego desvarío?

Si tú me sacas deste error d' olvido;
podré dezir en onra deste hecho,
que sólo devo a ti poder ser mío.

Soneto XLII

Aura mansa, y templada d' Occidente,
que con el tierno soplo y blando frío
halagas el ardor del pecho mío,
¿qu' espíritu te mueve vehemente?

Ni Euro espira, ni Austro suena ardiente
en el furor más grave del estío;
y tú abrasas el verde prado y río,
cual al suelo Africano el Sol caliente.

Mas ay, tú t' encendiste en mi Luz bella,
y, enemiga del bien de mi ventura,
abrasaste las ondas y las flores.

Cesa Aura, no m' enciendas más, qu' en ella
ardo siempre y me abraso en llama pura.
Ah no añadas más fuego a mis ardores.

Soneto XLIII

¡O cómo buela en alto mi deseo,
sin que de su osadía el mal fin tema!
que ya las puntas de sus alas quema,
donde ningún remedio al triste veo.

Que mal podrá alabarse del trofeo,

si, estando ufano en la región suprema
del fuego ardiente, en esta vanda estrema
cae por su siniestro devaneo.

Devía en mi fortuna ser exemplo
Dédalo, no aquel joven atrevido,
que dio al cerúleo piélago su nombre.

Mas ya tarde mis lástimas contemplo.
Pero si muero, porque osé, perdido,
jamás a igual empresa osó algún ombre.

Soneto XLIV

En esta soledad, qu' el sol ardiente
no ofende con sus rayos, estoy puesto,
a todo el mal d' ingrato Amor dispuesto,
triste y sin mi Luz bella, y siempre ausente.

Tal vez me finjo y creo estar presente
en el dichoso, alegre y fresco puesto,
y en la gloria me pierdo; qu' el molesto
dolor de l' alma aparta este accidente.

Nunca silencio y soledad oscura
pueden dar a quien ama tal contento,
si no se cambiäse l' alegría.

Poco en memoria el bien d' amor me dura,
qu' aun en este ociöso apartamiento
no s' afirma en segura fantasía.

Soneto XLV

Clara, suäve luz, alegre y bella,
que los safiros y color del cielo
teñís de la esmeralda con el velo,
que resplandece en una y otra estrella;

divino resplandor, pura centella,
por quien libre mi alma, en alto buelo
las alas roxas bate, y huye el suelo,
ardiendo vuestro dulce fuego en ella:

Si yo no sólo abraso el pecho mío,
mas la tierra y el cielo, y en mi llama
doy principio inmortal de fuego eterno;

¿por qu' el rigor de vuestro antiguo frío
no podré ya encender?; ¿por qué no inflama
mi estío ardiente a vuestro elado invierno?

Soneto XLVI

Cubre en oscuro cerco y sombra fría
del cielo puro el resplandor sereno
l' úmida noche, y yo, de dolor lleno,
lloro mi bien perdido y mi alegría.

Ningún alivio en la miseria mía
hallo, de ningún mal estoy ageno;
cuanto en la confusión nublosa peno,
padesco en la rosada luz del día.

En otro nuevo Cáucaso enclavado,
mi cuidado mortal y mi deseo
el corazón me comen renovado;

do no pudiera el sucesor d' Alceo
librarme del tormento no cansado,
qu' ecede al del antiguo Prometeo.

Soneto XLVII

¿Quién osa desnudar la bella frente
del puro resplandor y luz del cielo?
¿quién niega el ornamento y gloria al suelo
de las crespas lazadas d' oro ardiente?

El impio Febo este dolor consiente,
con sacrílega invidia y mortal celo,
después que vê cubrir d' oscuro velo
la llama de sus hebras reluziente.

Con dura mano lleva los despojos,
y quiere mejorar cuanto perdía,
y altivo de sus trenças se corona;

porque ya vean los mortales ojos
siempre con viva luz un claro día
en sus sagrados cercos y corona.

Soneto XLVIII

Rompió la prora, en dura roca abierta
mi frágil nave, que con viento lleno
veloz cortava el piélagos sereno,
y apenas escapo de la muerte cierta.

Afirme el pie yo en tierra, que la incierta
onda del mar no me tendrá en su seno;
ni de mí me podrá traer ageno
vana esperançã, de salud desierta.

Si la sombra del daño padecido
puede mover, Filipino, vuestro pecho,
huid sulcar del ponto la llanura;

y creed, qu' en el golfo de Cupido
ninguno navegó, qu' al fin deshecho,
no se perdiese falto de ventura.

Soneto XLIX

Esperé un tiempo, y fue esperançã vana,
librar desta congoxa el pensamiento,
subiendo de Castalia al alto asiento,
do no puede alcançar Musa profana;

para cantar la onra soberana
(vêd cuán grande es, Girón, mi atrevimiento)
de quien con inmortal merecimiento
contrasta al hado, y su furor allana.

Que bien sé, qu' es mayor la insine gloria
de quien Melas bañó, y el Mincio frío,
que de quien lloró en Tebro sus enojos.

Mas ¿qué haré, si toda mi memoria
ocupa Amor, tirano señor mío?
¿qué? si me fuerçan de mi Luz los ojos.

Soneto L

Pierdo, tu culpa Amor, pierdo engañado,
siguiendo tu esperanza prometida,
el más florido tiempo de mi vida,
sin nombre, en ciego olvido sepultado.

Ya no más; baste aver siempre ocupado
el pensamiento y la razón perdida
en tu gloria, mi infamia aborrecida;
que quien muda la edad, trueca el cuidado.

Yo e visto a los pies puesto un duro hierro,
y torcello la mano del cativo,
y desatarse d' aquel nudo fuerte.

Mas ô ¡que ni el desdén, ni mi destierro
pueden borrar del corazón esquivo,
lo que nunca podrá gastar la muerte!

Soneto LI

No espero en mi dolor lo que deseo,
que tanto bien no cabe en mi mal fiero;
mas deseo ya sólo, lo qu' espero;
qu' es acabar en este devaneo.

Tan cansado me tiene este deseo,
que del mísero efeto desespero,
y engañado en mi intento persevero;
y al cabo, el vano error, que sigo, veo.

Pero, ¿qué vale vêr el mal presente,
si porfío y contraste no espantado
a los bravos asaltos d' amor crudo?

No temo, y oso todo libremente;
porqu' es al corazón desesperado
la ostinación impenetrable escudo.

Soneto LII

Aquí, do estoy ausente y escondido,

lloro mi mal, pero es el dolor tanto,
qu' en mis ojos desmaya el triste llanto,
y fallece en silencio mi gemido.

Por esta oscura soledad perdido
huyo, y vo alexándome, mas cuanto
m' aparto, el mal me sigue, y pone espanto;
y no me vence en tanto afán sufrido.

Duro pecho, porfía no cansada,
rebelde condición, qu' osa y contrasta
a tan grande mudança y desventura;

llevadme por la senda acostumbrada
de mi error al peligro, que ya basta
vêr el fin, sin tentar nueva ventura.

Soneto LIII

Deste tan grave peso, que cansado
sufro, Fernando, y sin valor contraste,
procuro alçar el cuello; mas no basto,
qu' al fin doy con la carga desmayado.

De mil flaquezas más afrentado,
m' enciendo en ira, y la paciencia gasto;
pero nunca león hambriento al pasto
va, como yo al error de mi cuidado.

Mas aunqu' oprima en mí mi mejor parte,
vêd si estoy ya d' Amor aborrecido,
oso al fin, y m' opongo a mi deseo.

Y en estos trances de dudoso Marte
será de mí, si soy varón, vencido
otro mayor qu' el africano Anteo.

Soneto LIV

Lloré, y canté d' Amor la saña ardiente;
y lloro y canto ya l' ardiente saña
desta cruel, por quien mi pena estraña
ningún descanso al corazón consiente.

Esperé y temí el bien, tal vez ausente;
y espero, y temo el mal que m' acompaña;
y en un error, qu' en soledad m' engaña,
me pierdo sin provecho vanamente.

Veo la noche antes que huya el día,
y la sombra crecer, contrario agüero,
mas, ¿qué me vale conocer mi suerte?

La dura ostinación de mi porfía
no cansa, ni se rinde al dolor fiero;
mas siempre va al encuentro de mi muerte.

Soneto LV

Ierto y doblado monte, y tú, luziente
río, de mi çampoña conocido
cuando de los pastores el gemido
canté, y mi mal con cítara doliente;

Si nunca en vuestra cima y pura fuente
d' oír se dexa mi dolor crecido;
y si, por el camino qu' an seguido
otros, su afán llorando, voy presente;

dos bellos ojos, y un semblante onesto
son causa, que cantar bien deseara
el principio y los fines de las cosas.

El tiempo a todo pone en ser perfeto,
espero pues (si m' es la edad no avara)
mostrar, cuán varias son, y cuán hermosas.

Soneto LVI

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
sublime Carlo, el bárbaro Africano,
y el bravo orror del ímpetu Otomano
l' altiva frente umilla quebrantada.

Italia en propria sangre sepultada,
el invencible, el áspero Germano,
y el osado Francés con fuerte mano,
al yugo la cerviz trae inclinada.

Alce España los arcos en memoria,
y en colosos a una y otra parte
despojos y coronas de vitoria;

que ya en la tierra y mar no queda parte,
que no sea trofeo de tu gloria,
ni le resta más onra al fiero Marte.

Soneto LVII

Cual rociada Aurora en blanco velo
muestra la nueva luz al claro día;
cual sagrado luzero, del Sol guía,
sus rayos abre y tiende al limpio cielo;

cual va Venus a onrar el fértil suelo
de Cipro, y va en hermosa compañía
con ella Amor, las Gracias y Alegría,
que Zéfiro las lleva en blando buelo;

tal, ô más pura, esclareciente y bella
al día y cielo y suelo dando gloria
salistes, aquistando mil despojos.

Tendió a aquel punto Amor su red, y en ella
sus alas quemó preso; y la vitoria
entregó de mi alma a vuestros ojos.

Soneto LVIII

Alegre, fértil, vario, fresco prado,
tú monte, y bosque d' árboles hermoso,
el uno y otro siempre venturoso,
que de las bellas plantas fue tocado;

Betis, con puras ondas ensalçado,
y con ricas olivas abundoso,
cuánto eres más felice y gloriöso,
pues eres de mi Aglaya visitado.

Siempre tendréis perpetua primavera,
y del Elisio campo tiernas flores,
si os viere el resplandor de la Luz mía.

Ni estéril ielo, o soplo crudo os hiera;
antes Venus, las Gracias, los Amores
os miren, y en vos reine l' Alegría.

Soneto LIX

Vos, celebrando al son de noble lira
(insine Soto) vuestra dulce pena,
del Dauro la ribera tenéis llena,
y el verde bosque, que de vos s' admira;

Yo aquí, do Amor en mi dolor conspira,
solo en esta desierta, ardiente arena
rompo mis ojos en profunda vena,
y el grande Betis con mi mal suspira.

Dichoso vos, qu' en luz d' inmortal fuego
de vuestra Fenis renováis la gloria,
que no podrá cubrir niebla d' olvido.

Yo mísero, sin bien, herido y ciego
avivo de mis males la memoria,
desesperado, y nunca arrepentido.

Soneto LX

Asconde, tardo Bágrada en tu seno
la fiera armada de tu osada gente,
y, arrancando los cuernos de la frente,
pierde el orgullo, ya d' esfuerço ageno;

qu' a todo el ancho ponto pone freno,
vengando con la aguda espada ardiente
los insultos, que sufre el Occidente,
el domador del Cita y Agareno.

Verás la tierra presa, el mar sangriento,
y, al nombre de Baçán temblar medroso
el corazón más bravo y arrogante;

y, atado en hierro el cuello descontento,
rendirs' al braço suyo poderoso
cuanto abraçan el Nilo y grande Atlante.

Soneto LXI

Cual d' oro era el cabello ensortijado,
y en mil varias lazadas dividido;
y cuanto en más figuras esparzido,
tanto de más centellas ilustrado.

Tal de luzientes hebras coronado,
Febo aparece en llamas encendido;
tal discurre en el cielo esclarecido
un ardiente cometa arrebatado.

Debaxo el puro, proprio y sutil velo
Amor, gracia, y valor, y la belleza
templada en nieve y púrpura se vía.

Pensara, que s' abrió esta vez el cielo,
y mostró su poder y su riqueza,
si no fuera la Luz de l' alma mía.

Soneto LXII

Hazer no puede ausencia, que presente
no os vea yo, mi Estrella, en cualquier' ora;
que cuando sale la purpúrea Aurora,
en su rosada falda estáis luziente.

Y cuando el Sol alumbra el Oriënte,
en su dorada imagen os colora;
y en sus rayos parecen a desora
rutilar los cabellos y la frente.

Cuando ilustra el bellissimo Luzero
el orbe, entre los braços puros veo
de Venus encenders' esa belleza.

Allí os hablo, allí suspiro y muero,
mas vos, siempre enemiga a mi deseo,
os mostráis sin dolor a mi tristeza.

Soneto LXIII

Error fue vano disponer el pecho,
enseñado al dolor d' Amor esquivo,
a nueva libertad; qu' al fin cativo
buelvo, no sé si diga a mi despecho.

Pudo traerm' el crudo a tal estrecho,
qu' abrió en la fuerza d' un semblante altivo
la vena, que de nuevo en fuego vivo
encendió al corazón, ya un ielo hecho.

Mas, ¿qué mucho?; ¿no vêmos inflamarse
un pedernal herido, y encontrado
un hierro en otro, despedir centellas?

¿Cómo puede mi pecho no abrasarse
al golpe del Amor, si está tocado
siempre en el fuego de mis dos estrellas?

Soneto LXIV

Ya qu' el sugeto reino Lusitano
inclina al yugo la cerviz paciente;
y todo el grande esfuerço d' Occidente
tenéis, sacro señor, en vuestra mano;

bolved contra el suelo órrido Africano
el firme pecho y vuestra osada gente;
que su poder, su corazón valiente,
que tanto fue, será ante el vuestro en vano.

Cristo os da la pujança deste imperio
para que la fê nuestra s' adelante,
por do su santo nombre es ofendido.

¿Quién contra vos, quién contra el reino Esperio
basta alçar la frente, qu' al instante
no se derribe a vuestros pies rendido?

Soneto LXV

Ya el rigor importuno y grave ielo
desnuda los esmaltes y belleza
de la pintada tierra, y con tristeza
s' ofende en niebla oscura el claro cielo.

Mas, Pacheco, este mesmo órrido suelo
reverdece, y pomposo su riqueza
muestra; y del blanco mármol la dureza
desata de Favonio el tibio buelo.

Pero el dulce color y hermosura
de nuestra umana vida, cuando huye,
no torna; ¡ô mortal suerte, ô breve gloria!

Mas sola la virtud nos asegura;
qu' el tiempo avaro, aunqu' esta flor destruye,
contra ella nunca osó intentar vitoria.

Soneto LXVI

Esta rota y cansada pesadumbre,
osada muestra de sobervios pechos;
estos quebrados arcos y deshechos,
y abierto cerco d' espantosa cumbre;

descubren a la ruda muchedumbre
su error ciego, y sus términos estrechos;
y sólo yo en mis grandes males hechos
nunca sé abrir los ojos a la lumbre.

Pienso que mi esperança a fabricado
edificio más firme; y aunque veo
que se derriba, sigo al fin mi engaño.

¿De qué sirve el juicio a un ostinado,
que la razón oprime en el deseo?
De vêr su error, y padecer más daño.

Soneto LXVII

¡O breve don d' un agradable engaño,
dulce mal del contento aborrecido,
cuán presto pierdes el color florido,
y muestras los despojos de tu daño!

El oro buelto en plata un blanco paño
cubre, y el color vivo y encendido
de los ojos, sin fuerça ya y perdido,

de tu vencido orgullo es desengaño.

Acabas, y tu dura tiranía;
y al fin si acabas, mueres con vitoria
de nuestro error en devaneo tanto.

Mas quien por ti s' olvida, y desvaría
del camino, perece sin memoria
con mayor culpa en un perpetuo llanto.

Soneto LXVIII

Yo bien pensava, quando el desdén justo
refrió en duro ielo el fuego ardiente
del corazón, y con osada frente
s' opuso contra Amor fiero y robusto;

que no bastara a derribarm' el gusto,
ni a torcerm' el intento otro accidente;
que ya me conocía diferente,
y libre d' un tirano tan injusto.

Mas al primer sonido del asalto
desamparo la fuerça, y el escudo
rindo y armas temblando antes del hecho.

Bien sé qu', en lo que devo a la onra, falto;
mas el temor, que della está desnudo,
y otra fuerça mayor, vencen mi pecho.

Soneto LXIX

Pongan en tu sepulcro, ô flor de España,
la virtud militar y la vitoria
grandes ciudades presas en memoria,
y todo el noble mar qu' a Grecia baña.

Tú solo, tú con singular hazaña
ganaste vencedor tan alta gloria,
que las voces se cansan de la istoria,
que tus ínclitos hechos acompaña.

El furor d' Otomano quebrantado
será justo despojo, qu' esculpido

en lengua de la fama alce tu nombre
con tal blasón; valor nunca domado,
ingenio y arte hazen que vencido
no pueda ser del tiempo un mortal ombre.

Soneto LXX

Solo y medroso, del peligro cierto,
qu' en la guerra d' Amor temido avía,
con fortuna mejor tarde huía
en tanta tempestad seguro al puerto.

Mas en el paso del camino incierto,
cuando con más descuido proseguía,
Amor, qu' en vuestros ojos m' atendía;
d' un golpe atravesó mi pecho abierto.

Y antes que yo pudiese de mi pena
alabar la ventura, invidioso
huyó con vos, y me dexó perdido;

cual huye el parto do el Éufrates suena,
y rebuelve el cavallo presuroso,
dexando al fiero contendor herido.

Soneto LXXI

Del fresco seno ya la blanca Aurora
perlas de ielo puras esparzía,
y, con serena frente alegre abría
el esplendor suäve, qu' atesora;

el lúcido confín d' Euro y de Flora
con la rosada llama, qu' encendía
Delio aún no roxo, al tierno y nuevo día
esclarece y esmalta, orla y colora.

Cuando sale mi Luz, y en Oriënte
desmaya el vivo lustre; ô vos del cielo
vagas lumbres, si tanto se consiente,

digo, con vuestra paz, qu' en mortal velo
pareció más que vos bella y fulgente

mi Luz, qu' onora el rico, Esperio suelo.

Soneto LXXII

Amor en mí se muestra todo fuego,
y en las entrañas de mi Luz es nieve;
fuego no ay, qu' ella no torne nieve,
ni nieve, que no mude yo en mi fuego.

La fría zona abraso con mi fuego,
5
l' ardiente mi Luz buelve elada nieve,
pero no puedo yo encender su nieve,
ni ella entibiar la fuerça de mi fuego.

Contrastan igualmente ielo y llama;
que d' otra suerte fuera el mundo ielo,
10
o su máquina toda viva llama.

Más fuera; porque ya resuelto en ielo,
o el corazón desvanecido en llama,
ni temiera mi llama ni su ielo.

Soneto LXXIII

Tú, que con la robusta y ancha frente
y grandes ombros sustentaste alçado,
rey Africano, todo el consagrado
cerco de las estrellas reluziente;

y tú, que cuando Atlante temblar siente
la inmensa carga, sin doblar cansado
el vigor de tu cuello, levantado
sufriste tanto peso osadamente;

yo no os invidio, aunqu' en la grandeza
y en valor desigual; porqu' el sereno
cielo y estrellas do el Amor se cría;

y donde reina eterna la belleza,
sostuve gloriöso y de bien lleno,
cuanto sufrió la corta suerte mía.

Soneto LXXIV

Dond' el dolor me lleva, vuelvo el paso
tan cansado y perdido, que no tengo
para arribar fuerça, y nunca vengo
a conceder holgança al cuerpo laso.

El mal me sigue, d' uno en otro paso,
perpetuo y grave, tal, que lo sostengo
sólo por entender, qu' en mí me vengo
de cuanta pena por Amor yo paso.

Si en este afán, qu' a d' acabarse tarde,
osara esperar bien, fuera descanso
dulce y regalo mi mortal congoxa.

Mas ya remedio no vendrá, que guarde
el coraçón caído; y más me canso,
cuando el trabajo intenso en algo afloxa.

Soneto LXXV

Sigo por un desierto no tratado,
sin luz, sin guía, en confusión perdido,
el vano error, que solo m' a traído
a la miseria del más triste estado.

Cuanto m' alargó más, voy más errado,
y a mayores peligros ofrecido,
dexar atrás el mal m' es defendido;
qu' el paso del remedio está cerrado.

En ira enciende el daño manifiesto
al coraçón caído, y cobra aliento,
contra la instante tempestad osando.

O venceré tanto rigor molesto,
o en los concursos de su movimiento
moriré, con mis males acabando.

Soneto LXXVI

El triste afán del corazón doliente
con la memoria de mis males llena
vo repitiendo por tu sola arena,
sacro rey de las aguas d' Occidente.

Las ondas acrecienta a tu corriente,
socorriendo a tu curso con la vena
de mis ojos llorosa, y junto suena
el suspiro qu' esfuerça a la creciente.

Al fin gasto el umor y cesa el viento,
y esala el fuego con incendio tanto,
que d' úmido te haze ardiente río.

En vano intentas a este encendimiento
resistir; pues no pudo el grave llanto,
quebrantar su rigor, del dolor mío.

Soneto LXXVII

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto
que respirando de su ardor injusto,
pruevo a sentir este pequeño gusto
de vêr mi rostro umedecido en llanto.

Que nunca el alto Edna con espanto
los grandes miembros y el rebelde busto
del impio, que cayó con rayo justo,
puede encender, ni nunca encendió tanto.

No amortiguan mis lágrimas tu fuego,
antes avivan su furor creciendo,
aunque vençan del Nilo la corriente.

Si suelto en agua rompo el nudo luego,
¿qué más te agrada desatallo ardiendo?
¿es menos mal lo qu' es más diferente?

Soneto LXXVIII

Amor, en un incendio no acabado
ardí del fuego tuyo, en la florida
sazón y alegre de mi dulce vida,
todo en tu viva imagen transformado.

Y aora (ô vano error) en este estado,
no con llama en cenizas ascondida,
mas descubierta, clara y encendida,
pierdo en ti lo mejor de mi cuidado.

No más; baste, cruel, ya en tantos años
rendido aver al yugo el cuello ierto,
y aver visto en el fin tu desvarío.

Abra la luz la niebla a tus engaños,
antes qu' el lazo rompa el tiempo, y muerto
sea el fuego del tardo cielo mío.

CANCIONES

Canción I

Voz de dolor, y canto de gemido,
y espíritu de miedo, embuelto en ira,
hagan principio acerbo a la memoria
d' aquel día fatal, aborrecido,
que Lusitania mísera suspira,
desnuda de valor, falta de gloria;
y la llorosa istoria
asombre con orror funesto y triste
dend' el Áfrico Atlante y seno ardiente,
hasta do el mar d' otro color se viste;
y do el límite roxo d' Oriënte,
y todas sus vencidas gentes fieras,
vên tremolar de Cristo las vanderas.

Ay de los que pasaron, confiados
en sus cavallos y en la muchedumbre
de sus carros, en ti Libia desierta;
y, en su vigor y fuerças engañados,
no alçaron su esperança a aquella cumbre
d' eterna luz; mas con sobervia cierta
se ofrecieron la incierta
vitoria, y sin bolver a Dios sus ojos,
con ierto cuello y corazón ufano
sólo atendieron siempre a los despojos;

y el santo d' Israel abrió su mano,
y los dexó; y cayó en despeñadero
el carro, y el cavallo y cavallero.

Vino el día cruel, el día lleno
d' indignación, d' ira y furor, que puso
en soledad y en un profundo llanto
de gente, y de plazer el reino ageno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
el nuevo Sol, presago de mal tanto;
y con terrible espanto,
el Señor visitó sobre sus males,
para umillar los fuertes arrogantes;
y levantó los bárbaros no iguales,
que con osados pechos y constantes,
no busquen oro; mas con crudo hierro
venguen la ofensa y cometido ierro.

Los impios y robustos, indinados,
las ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y hermosura
de tu gloria y valor; y no cansados
en tu muerte, tu onor todo afearon,
mesquina Lusitania sin ventura;
y con frente segura
rompieron sin temor, con fiero estrago
tus armadas escuadras y braveza.
L' arena se tornó sangriento lago,
la llanura con muertos aspereza;
cayó en unos vigor, cayó denuedo,
mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura, los famosos,
los fuertes y belígeros varones,
que conturbaron con furor la tierra,
que sacudieron reinos poderosos,
que domaron las órridas naciones,
que pusieron desierto en cruda guerra
cuanto enfrena y encierra
el mar Indo, y feroces destruyeron
grandes ciudades? ¿Do la valentía?
¿Cómo así s' acabaron y perdieron
tanto eroico valor en solo un día;
y lexos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados?

Tales fueron aquestos, cual hermoso
cedro del alto Líbano, vestido
de ramos, hojas, con ecelsa alteza;
las aguas lo criaron poderoso,
sobre empinados árboles subido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramos con belleza;
y, estendiendo su sombra, s' anidaron
las aves que sustenta el grande cielo;
y en sus hojas las fieras engendraron,
y hizo a mucha gente umbroso velo,
no igualó en celsitud y hermosura
jamás árbol alguno a su figura.

Pero elevóse con su verde cima,
y sublimó la presunción su pecho,
desvanecido todo y confiado;
haziendo de su alteza sólo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
a los impios y ajenos entregado,
por la raíz cortado;
qu' opreso de los montes arrojados,
sin ramos y sin hojas, y desnudo,
huyeron dél los ombres espantados;
que su sombra tuvieron por escudo;
en su ruina y ramos, cuantas fueron,
las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
murió el vencido reino Lusitano,
y s' acabó su generosa gloria;
no estés alegre y d' ufanía llena;
porque tu temerosa y flaca mano
uvo sin esperança, tal vitoria,
indina de memoria;
que si el justo dolor mueve a vengança
alguna vez el Español corage,
despedaçada con aguda lança,
compensarás muriendo el hecho ultrage;
y Luco amedrentado, al mar inmenso
pagará d' Africana sangre el censo.

Canción II

Si alguna vez mi pena

cantaste tiernamente, Lira mía,
y en la desierta arena
deste campo estendido
dende la oscura noche al claro día
rompiste mi gemido;
aora olvida el llanto,
y buelve al alto y desusado canto.

No celebro los hechos
del duro Marte, y sin temor osados
los valerosos pechos,
la siempre insine gloria,
d' aquellos Españoles no domados;
que para la memoria,
que canto me da aliento
Febo a la voz, y vida al pensamiento.

Escriva otro la guerra,
y en Turca sangre el ancho mar cuajado,
y en l' abrasada tierra
el conflito terrible,
y el Lusitano orgullo quebrantado
con estrago increíble;
que no menor corona
texe a mi frente el coro d' Elicona.

A la grandeza vuestra
no ofenda el rudo son de osada lira;
que en lo poco que muestra,
gloriöso Fernando,
aunque desnuda de destreza espira,
el curso refrenando
el sacro Esperio río
mil vezes se detuvo al canto mío.

El linage y grandeza,
y ser de tantos reyes decendiente,
la pura gentileza
y el ingenio dichoso,
qu' entre todos os hazen ecelente,
y el pecho generoso,
y la virtud florida,
de vos prometen una eroica vida.

No basta no el imperio,
ni traer las cervizes umilladas

presas en cativerio
con vencedora mano;
ni que de las vanderas ensalçadas
el Cita y Africano
con medroso semblante,
y el indo y persa sin valor s' espante.

Que quien al miedo obliga
y rinde el corazón, y desfallece
de la virtud amiga;
y va por el camino,
do la profana multitud perece,
sugeto al yugo indino
pierde la gloria y nombre,
pues siendo más, se haze menos ombre.

Los Éroes famosos
los niervos al deleite derribaron,
que ni en los engañosos
gustos, ni en lisongeras
vozes de las sirenas peligraron;
ante las ondas fieras
atravesando fueron,
por do ningunos escapar pudieron.

Seguid, Señor, la llama
de la virtud, qu' en vos sus fuerças prueva;
que si bien os inflama
de su amor en el fuego,
viendo su bella luz, con fuerça nueva,
sin admitir sosiego,
buscaréis en el suelo
la que consigo os alçará en el cielo.

No os desvanesca el pecho
la sobervia inorante y engañada,
ni lo mostréis estrecho;
que para aventajaros
entre las sombras desta edad culpada,
devéis siempre esforçaros,
que sólo es vuestro aquello,
que por virtud pudistes merecello.

Aquél que libre tiene
d' engaño el corazón, y sólo estima
lo qu' a virtud conviene;

y sobre cuanto precia
el vulgo incierto, su intención sublima,
y el miedo menosprecia,
y sabe mejorarse,
sólo señor merece y rey llamarse.

Que no son diferentes
en la terrena masa los mortales;
pero en ser ecelentes
en virtud y hazañas,
se hazen unos d' otros desiguales,
estas glorias estrañas,
en los que resplandecen,
si ellos no las esfuerçan, s' entorpecen.

Por el camino cierto
de las divinas Musas vais seguro;
do el cielo os muestra abierto
el bien, a otros secreto,
con guía tal, qu' en el peligro oscuro
de perturbado afeto
venciendo el duro asalto,
subiréis de la gloria en lo más alto.

Y porque las tinieblas,
fatal estorvo a la grandeza umana,
no ascondan en sus nieblas
el valor admirable,
haré qu' en vuestra gloria soberana
siempre Talía hable;
y que la bella Flora,
y los reinos la canten de l' Aurora.

Canción III

Cuando con resonante
rayo, y furor del braço poderoso
a Encélado arrogante
Iúpiter gloriöso
en Edna despeñó vitoriöso;

y la vencida Tierra,
a su imperio sugeta y condenada,
desamparó la guerra,
por la sangrienta espada

de Marte, con mil muertes no domada;

en la celeste cumbre
es fama, que con dulce voz presente
Febo, autor de la lumbre,
cantó suavemente
rebuelto en oro la encrespada frente.

La sonora armonía
suspende atento al inmortal senado;
y el cielo, que movía
su curso arrebatado,
se reparava al canto consagrado.

Halagava el sonido
al alto y bravo mar y airado viento
su furor encogido,
y con divino aliento
las Musas consonavan a su intento.

Cantava la vitoria
del cielo, y el orror y l' aspereza,
que les dio mayor gloria,
temiendo la crueza
de la Titania estirpe y su bruteza.

Cantava el rayo fiero,
y de Minerva la vibrada lança,
del rey del mar ligero
la terrible pujança,
y del Ercúleo braço la vengança.

Mas del sangriento Marte
las fuerças alabó y desnuda espada,
y la braveza y arte
d' aquella diestra armada,
cuya furia fue en Flegra lamentada.

A ti, dezía, escudo,
a ti valor del cielo poderoso,
poner temor no pudo
el escuadrón dudoso,
con enroscadas sierpes espantoso.

Tú solo a Oromedonte
diste bravo y feroz orrible muerte

junto al doblado monte,
y con dichosa suerte
a Peloro abatió tu diestra fuerte.

O hijo esclarecido
de Iuno, ô duro y no cansado pecho,
por quien Mimas vencido,
y en peligroso estrecho
el pavoroso Runco fue deshecho.

Tú, ceñido d' azero,
tú, estrago de los ombres rabiöso,
con sangre órrido y fiero,
y todo impetuöso,
el grande muro rompes presuroso.

Tú encendiste en aliento
y amor de guerra y generosa gloria
al sacro Ayuntamiento,
dándole la vitoria,
que hará siempre eterna su memoria.

A ti Iúpiter deve,
libre ya de peligro, qu' el profano
linage, que s' atreve
alçar armada mano,
sugeto sienta ser su orgullo vano.

Mas aunque resplandesca
esta vitoria tuya esclarecida
con fama, que meresca
tener eterna vida,
sin que d' oscuridad esté ofendida;

vendrá tiempo, en que sea
tu nombre, tu valor puesto en olvido;
y la tierra posea
valor tan escogido,
qu' ante él, el tuyo quede oscurecido.

Y el fértil Occidente,
en cuyo inmenso piélagos se baña
mi veloz carro ardiente,
con claro onor d' España,
te mostrará la luz desta hazaña.

Que el cielo le concede
de César sacro el ramo gloriöso,
que su valor erede;
para qu' al espantoso
Turco quebrante el brío corajoso.

Vêras' el impio vando
en la fragosa, inaccesible cumbre,
que sube amenazando
a la celeste lumbre,
confiado en su osada muchedumbre.

Y allí de miedo ageno
corre, cual suelta cabra, y s' abalança
con el fogoso trueno
de su cubierta estança,
y sigue de sus odios la vengança.

Mas luego qu' aparece
el joven d' Austria en la enriscada sierra,
el temor entorpece
a la enemiga tierra,
y con ella acabó toda la guerra.

Cual tempestad ondosa,
con orrísono estruendo se levanta,
y la nave, medrosa
d' aquella furia tanta,
entre peñascos ásperos quebranta.

O cual del cerco estrecho
el flamígero rayo se desata
con largo sulco hecho,
y rompe y desbarata,
cuanto al encuentro su ímpetu arrebatata.

La Fama alçará luego,
y con doradas alas, la Vitoria
sobre el orbe del fuego,
resonando su gloria
con puro resplandor de su memoria.

Y llevarán su nombre
de los últimos soplos d' Occidente
con inmortal renombre
al purpúreo Oriënte,

y a do iela y abrasa el cielo ardiente.

Si Peloro tuviera
de su ecelso valor alguna parte,
él solo te venciera,
aunque tuvieras, Marte,
doblado esfuerço y osadía y arte.

Si éste valiera al cielo
contra el profano ejército arrogante,
no tuvieras recelo,
tú, Iúpiter tonante,
ni arrojaras el rayo resonante.

Traed pues ya bolando
ô cielos, este tiempo espaciöso
que fuerça dilatando,
el curso gloriöso;
hazed, que se adelante presuroso.

Así la lira suena,
y Iove el canto afirma, y s' estremece
sacudido, y resuena
el cielo, y resplandece,
y Mavorte medroso s' oscurece.

Canción IV

Esparze en estas flores
pura nieve y rocío
blanca y serena luz de nueva Aurora,
y con varios colores
se vista el bosque frío
de los esmaltes de la rica Flora;
pues la ecelsa Eliodora
ya muestra su belleza,
a do con alta frente
da Betis su corriente,
llevando al mar tendida su grandeza;
y vos, lumbres del cielo,
mirad felices nuestro Esperio suelo.

Roxo Sol, qu' el dorado
cerco de tu corona
sacas del hondo piélagos, mirando

el Ganges derramado,
el Darién, la Sona,
y del divino Nilo el fértil vando;
si tú llegares, cuando
esta serena Estrella
alça al rosado cielo,
dando alegría al suelo,
los ojos, do está Venus casta y bella,
d' aquellos rayos ciego,
arderás, en tus llamas hecho fuego.

Luna, que resplandeces
sola, fría, argentada
en el callado velo tenebroso;
y tu luz enriqueces
en la hacha inflamada
del Sol con resplandor maravilloso;
Si el Luzero hermoso,
do el puro Amor s' alienta,
mirares, encendida
en llama esclarecida,
qu' a limpias almas en vigor sustenta,
correrás por la cumbre
con grande y siempre eterna y clara lumbre.

Junta a inmensa belleza
ya está la cortesía,
y suma onestidad y umilde trato
con valor y grandeza,
en el dichoso día
qu' el cielo largo la bolvió más grato,
vivo y puro retrato
d' inmortal hermosura,
rayo d' amor sagrado
qu' a su consorte amado
consigo junto en fuego eterno apura;
y si parte le ofende,
es qu' el velo mortal su bien comprende.

El sacro rey de ríos,
que nuestros campos baña,
al bello aparecer deste Luzero
cubrió los vados fríos
al pie de la montaña,
do vio resplandecer su Sol primero,
del oro que el Ibero

en las cavernas hondas
procura, y con las flores
compuso en mil colores,
y con perlas el curso de las ondas;
y, esclareciendo el cielo,
esparzió olor suäve en torno el suelo.

Las Gracias amorosas
con las Ninfas un coro
texieron en el claro, undoso seno;
y de purpúreas rosas
embueltas en el oro
con ámbar oloroso y flores lleno,
dulce despojo ameno
del revestido prado,
las guirnaldas mezclaron,
y alegres coronaron
el cabello sutil, crespo y dorado,
que, cual de las estrellas,
por el aire bolaron sus centellas.

El alto monte verde,
que de Palas es gloria,
sintiendo en sí los pies de su señora,
su tristeza ya pierde,
y le da la vitoria
aquel, do Prometeo gime y llora;
y donde la sonora
lira de Tracia espira;
el sagrado Elicona
con florida corona,
y do Atlante del peso no respira;
pues su cumbre sostiene
la belleza, qu' el cielo en tierra tiene.

Yo entretexer quisiera
su nombre esclarecido
entre la blanca Luna y Sol dorado;
y su gloria pusiera
en el peplo estendido,
qu' en otra edad Atenas vio estimado;
cuando el tiempo llegado
Minerva es celebrada.
Dichoso el año y día;
y es quien vê el año y día.
Allí herido está con asta airada

el áspero Tifeo,
que muerto pierde todo su deseo.

Mas pues que la rudeza
deste mi débil canto,
causado d' un deseo simple y vano,
no puede a su belleza
dalle la gloria, quanto
merece el valor suyo soberano,
y mi intento es en vano;
Cisnes, que la corriente
de Betis vais cortando,
el canto vuestro alçando,
su nombre y gloria resonad presente;
si oyan Zéfiro y Flora
su inmensa hermosura con l' Aurora.

Di umilde a esta Luz pura;
sufra vuestra belleza
mi rústica simpleza.

Canción V

Inclinen a tu nombre, ô luz d' España,
ardiente rayo del divino Marte,
Camilo, y el belígero Africano,
y el vencedor de Francia y d' Alemaña,
la frente, armada de valor y d' arte;
pues tú, con grave seso y fuerte mano
por el pueblo Cristiano
contra el ímpetu bárbaro sañudo
pusiste osado el generoso pecho,
cayó el furor ante tus pies desnudo,
y el impio orgullo Vándalo deshecho,
con la fulmínea espada traspasado,
rindió l' acerba vida al fiero hado.

De ti temblaron todas las riberas,
todas las ondas, cuantas juntamente
las colunas del grande Briäreo
miran; y al tremolar de tus vanderas,
torció el Nilo medroso la corriente,
y el monte Libio, a quien mostró Perseo
el rostro Meduseo,
las cimas altas umilló rendido

con más pavor, que cuando los gigantes,
y el áspero Tifeo fue vencido,
postráronse los bravos y arrogantes,
temiendo con espanto y con flaqueza
el vigor de tu ecelsa fortaleza.

Pero en tantos triünfos y vitorias,
la que más te sublima y esclarece,
de Cristo ô ecelsa capitán, Fernando,
y remata la cumbre de tus glorias,
con qu' a la eternidad tu nombre ofrece;
es, que peligros mil sobrepujando,
bolviste al sacro vando,
y a la cristiana religión traxiste
esta insine ciudad y generosa;
qu' en cuanto Febo Apolo de luz viste,
y ciñe la grande orla espaciösa
del mar cerúleo, no se vê otra alguna
de más nobleza y de mayor fortuna.

Cubrió el sagrado Betis de florida
púrpura y blandas esmeraldas llena
y tiernas perlas, la ribera ondosa,
y al cielo alçó la barba revestida
de verde musgo; y removió en l' arena
el movable cristal de la sombrosa
gruta y la faz onrosa,
de juncos, cañas y coral ornada,
tendió los cuernos úmidos, creciendo
l' abundosa corriente dilatada,
su imperio en el Océano estendiendo;
qu' al cerco de la tierra en vario lustre
de sobervia corona haze ilustre.

Tú después que tu espíritu divino,
de los mortales nudos desatado,
subió ligero a la celeste alteza,
con justo culto, aunqu' en lugar, no dino
a tu inmenso valor, fuiste encerrado;
hasta qu' aora la real grandeza,
con eroica largueza
en este sacro templo y alta cumbre
trasfiere tus despojos venerados,
do toda esta devota muchedumbre,
y sublimes varones, umillados
onran tu santo nombre gloriöso,

tu religión, tu esfuerzo belicoso.

Salve, ô defensa nuestra, tú que tanto
domaste las cervizes Agarenas,
y la fê verdadera acrecentaste,
tú cubriste a Ismael de miedo y llanto,
y en su sangre ahogaste las arenas,
qu' en las campañas béticas hollaste;
tú solo nos mostraste,
entre el rigor de Marte viölento,
entre el peso y molestias del gobierno,
juntas en bien travado ligamento,
justicia, piëdad, valor eterno;
y cómo puede, despreciando el suelo,
un príncipe guerrero alçars' al cielo.

ÉGLOGA VENATORIA

D' aljava y arco tú, Diana armada,
que por el monte umbroso y estendido
fatigas a las fieras presurosa,
huye del alto Ladmo desdichada,
donde tu caçador duerme ascondido;
que ya otra caçadora más hermosa
persigue impetuösa
al javalí espumoso y enojado;
que ya otra más hermosa caçadora
al ciervo sigue aora.
Si Endimión la viere, tu cuidado,
venciendo de la fiera la braveza,
te dexará por ella con tristeza.

A Endimión no dexes tú Diana,
queda con él, no siga al amor mío,
tu amor, Endimión esté contigo,
en la callada noche, en la mañana,
al Sol ardiente, al importuno frío
mi dulce caçadora esté conmigo.
Este bosque es testigo,
cuántas veces la llamo y busco en vano,
l' Aurora me oye sola sin su amante,
y s' ofrece delante,
cuando espera las fieras en lo llano,
suspira ella su amor, yo lloro el mío,

si al monte mira, yo a mi valle y río.

Hermosa caçadora, qu' as llevado
del frío bosque mi herido pecho
con el cabello d' oro suelto al viento,
y de flores y rosas coronado;
¿Eres Napea deste valle estrecho,
qu' alcança con ligero movimiento
al javalí sediento,
y del ciervo la planta voladora?
que tu paso, y tu voz, y tu belleza
más que mortal grandeza
descubre a tu Menalio, que te adora.
Tal va Cintia con trage soberano,
y enciende en fuego al amador Silvano.

¿Qué dios, ô Clearista, t' a ofrecido
a mis ojos, corriendo yo una fiera
sin cuidado d' Amor; y vista luego
te me llevó, dexándome perdido,
porqu' en llama inmortal ardiendo muera?
De tus luzes provó el tirano ciego
con mi daño su fuego,
mas tú abites el bosque oscuro y prado,
o la tendida selva deste río,
jamás del pecho mío
s' apartará el Amor, que m' a abrasado,
el bosque y prado del amor testigo,
a amarte aprenderá también conmigo.

O la ligera garça levantando
mire al halcón veloce y atrevido,
o espere al javalí cerdoso y fiero,
o l' aura entre los árboles gozando;
con silencio y voz muda, en lo ascondido
del pecho solo lloraré primero
el dolor, en que muero.
Sin ti el feroz cavallo, el rayo ardiente
del imitado trueno, y la sabrosa
caça, m' es enojosa,
pues tú me dexas mísero y doliente.
Todo m' agradará y será mi gloria
si buelves, y de mí tienes memoria.

¿Por qué huyes, y quieres que sin lumbre
en estas breñas muera con tormento,

y no miras tu amante, que te llama?
Baxa desa fragosa y alta cumbre,
que, según el ruido grave siento,
por entre una y otra espesa rama,
que las hojas derrama,
un feroz javalí s' a recogido.
Con el arco en la blanca y tierna mano
baxa, qu' antes, qu' al llano
llegues, atravesado y estendido
de mi venablo, y muerto, la espumosa
cabeça, llevarás vitoriösa.

No fies, Clearista, en tu belleza,
que vendrá el día en que las hebras d' oro
mude la edad ligera en blanca plata,
antes muera, que vea tu tristeza.
Mas, ¿para qué suspiro triste, y lloro
por quien a mis querellas es ingrata?
Si tu dureza mata
a quien te sigue, aquél que t' aborrece,
¿qué pena avrá, qu' iguale con su culpa?
Pero, ¿quién me culpa,
pues sigo solo el mal, que se m' ofrece?
Suspenso en el amor y en el deseo,
al fin doy en un ciego devaneo.

Mas vos Amores, roxos dulcemente,
dexad las ondas claras de Citera,
y a mi Ninfa herid con vuestra llama;
que su hermosa flor perder no siente
sin fruto inútil en la edad primera.
Y tú Latonia, pues Amor t' inflama,
cuando el monte te llama,
por el dormido amante, y ya el tormento
conoces del Amor; si e venerado
tus aras, y colgado
del javalí terrible y viöento
l' alta frente y del ciervo la ramosa,
muéstrat' a mis dolores piädosa.

Si contigo viviera, Ninfa mía,
en esta selva, tu sutil cabello
adornara de rosas, y cogiera
las frutas varias en el nuevo día;
las blancas plumas del gallardo cuello
de la garça ofreciendo, y te traxera

de la silvestre fiera
los despojos, contigo recostado,
y en la sombra cantando tu belleza;
y en la verde corteza
de la frondosa enzina mi cuidado
estendiendo, conmigo lo leyeras,
y sobre mí las flores esparzieras.

¡Ah cuántas vezes entre aqueste juego
a tu cuello los braços rodeara!
y en tus ojos mis ojos encendiendo,
cuando más descuidada de mi fuego,
a tu boca el espíritu hurtara,
mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
dulcemente muriendo.
Esto preciara más que vêr el buelo
del halcón, más que dar de un golpe muerte
al javalí más fuerte,
o alcançar, por el ancho y largo suelo,
junto a l' agua, herido y sin aliento,
el ciervo, qu' atrás dexa el presto viento.

No dudes, ven conmigo, Ninfa mía;
yo no soy feo, aunque mi altiva frente
no se muestra a la tuya semejante,
mas tengo amor, y fuerça y osadía,
y tengo parecer d' ombre valiente;
qu' al caçador conviene este semblante
robusto y arrogante,.
iremos a la fuente, al dulce frío,
y en blando sueño puestos, al ruido
del murmurio esparzido
de l' agua, tú en mis braços, amor mío,
y yo en los tuyos blancos y hermosos,
a los Faunos haría invidiösos.

Mas si t' agrada, y ô si t' agradase,
ven conmigo a esta sombra, do resuena
l' aura en los ciclamoros revestidos
de iedra; do se vio jamás qu' entrase
alçado el Sol con luz ardiente y llena.
Aquí ay álamos verdes y crecidos,
y los povos floridos,
y el fresco prado riega l' alta fuente
con murmurio suäve y sosegado.
Aquí el tiempo templado

te combida a huir el Sol caliente.
Ven, Clearista, ven ya Ninfa mía,
este prado te llama y fuente fría.